

una divertida y accidentada historia de amor

Ju, ¿otra vez?

NOVELA ESCRITA POR

JENNY URIGÜEN

Tú, ¿otra vez?
JENNY URIGÜEN

Copyright © 2019 Jenny Urigüen

Todos los derechos reservados

Portada: Jenny Urigüen

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción total o parcial, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual.

La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Todos los escenarios descritos en esta obra son reales; los personajes y eventos ficticios, imaginación del autor.

Contents

[Title Page](#)

[Copyright](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Otros libros del autor](#)

Prólogo

—Listo... ¡trabajo concluido! —Dana pulsó el signo de puntuación final en su ordenador y luego de pasar de corrido el último renglón que luego de largas noches de desvelo y días enteros con apenas algunas tazas de café y unas cuantas galletas de crema de mantequilla en su estómago, finalmente, terminó su novela. Dio un relajado suspiro y, mirando hacia el ventanal cuadrado al estilo francés del salón, cerró su ordenador, dejando escapar de sus labios perfectos, cubiertos de un mate rubí, una sonrisa de satisfacción. Se puso en pie y, en un largo y macilento gemido, se estiró con fuerza de brazos y luego de dar una respiración profunda caminó hacia la cocina. Tomó una taza y vació un tanto del café que media hora antes preparó, se acercó a la ventana y, pensativa, desde el tercer piso del pequeño apartamento que rentaba en el centro de Boston con dos amigas, observó a los transeúntes entrar y salir de la pequeña cafetería, la cual se encontraba perfectamente ubicada en el primer nivel.

—Hola, Dana —dijo con tranquilidad, Ebony, una de ellas, con las cuales compartía el apartamento.

Ebony: morena, esbelta y divertida, trabajaba como auxiliar de enfermería en el *Tufts Medical Center de Boston*.

Dana enseguida se dio vuelta y luego de darle un sorbo a su café, caminó hacia donde ella.

—Pensé que permanecerías en el hospital durante el turno de la noche o al menos unas cuantas horas más, ¿encontraste reemplazo para hoy?

—Me cubrirá Damián —contestó con una mueca de fastidio—, pero tendré que trabajar mañana por él. Ya ni modo, no podré tomarme la noche libre; por hoy daré una revisión a mi clase de Enfermería Clínica. No la comprendí del todo y no deseo reprobar el examen. ¿Y tú?, te noto despreocupada, ¿terminaste al fin con tu libro?

—Así es, al fin concluí con ello —le contestó esbozando una suave pero vacilante sonrisa—. Pero...

Ebony entornó los ojos.

—¿Pero...? —cuestionó gesticulando con las manos—, ¿es lo que tanto deseabas hacer, pasaste meses escribiéndolo, reescribiéndolo y volviéndolo a escribir...! ¿Cuál es el problema ahora?

—Aún no logro ponerme de acuerdo en cómo lo llamaré —señaló, seguido de un resoplido—. Necesito darle el nombre perfecto; además, que pienso inscribirlo en el concurso de la editorial. —Dana terminó con el último bocado de su café, mientras que, Ebony, levantando una de sus cejas, asintió; pero, obviamente, no mostró agrado alguno. Buscó dentro del maletín por su libro de medicina y, tumbándose al sofá, mientras lo repasaba, comentó:

—¿Y qué si luego tienes problemas con Charlize? Son las reglas de la editorial y tú lo sabes. Deberías tomar en cuenta ese pequeño detalle.

Dana sabía perfectamente que, Charlize, mujer fría y estricta, presidente de la Editorial: “Red Moon Books”, para quien ella trabajaba, pondría el grito en el cielo en el momento en que se enterase de que una de sus asistentes publicitarias pretendía publicar una obra en el concurso; las reglas claramente lo señalaban: dicho concurso era excluido para empleados de la editorial. Sopló con desgano y mientras se encaminaba hacia su habitación, masculló:

—¡Lo haré con seudónimo!

Capítulo 1

Un cielo radiante de un azul intenso cobijaba a la hermosa y poética Paris. Dana exhaló un suave suspiro de placer desde lo alto del balcón mientras contemplaba la imponente de la legendaria torre Eiffel, al mismo tiempo que una suave brisa de aquella tarde de verano mecía primorosamente a un sinfín de coloridos tulipanes y margaritas que engalanaban el parque central. Le pareció imposible que hacía apenas unas cuantas horas que había dejado atrás su ajetreada vida de Boston.

—¿Lista para dar un paseo por la encantadora Paris? — Dana escuchó, de pronto, aquella voz chillona de Abby; amiga rubia y rellenita con quien también compartía el apartamento. Abby se acercó a donde ella, seguida por Ebony; quienes se mostraban impacientes por abandonar las cuatro paredes de aquella habitación de hotel y, bajo ese cielo estrellado de verano enaltecerse, al menos, por las escasas horas que permanecerían allí, de la eterna y bohemia Paris.

Luego de inspirar profundamente una vez más, Dana se dio la vuelta.

—¡Vamos de una vez! —les dijo—, que mañana nos espera un largo día de viaje!



Dana Evans, joven graciosa de grandes ojos de un hermoso azul turquesa, larga cabellera entre rubia y castaño clara y boca de perfectos y carnosos labios terminaba de cumplir sus veintiocho años. El mayor de sus atributos, aparte de ser una mujer muy bonita, independiente y trabajadora, era su carácter alegre y entusiasta. Dana trabajaba como asistente personal de Charlize Moore en la renombrada Editorial: “Red Moon Books”, que se encontraba en el centro de Boston. Su vocación era escribir novelas de romance y su ilusión que aquellas obras, a las cuales entregó su tiempo y su dedicación, fuesen publicadas y ella reconocida como una gran escritora dentro y fuera de su país. Para ello, Dana se esmeró, sobre

todo, redactando una apasionante novela desarrollada en una de las hermosas campiñas del sur de Francia, tomando como escenario el bello y pintoresco pueblo de Les Baux-le-Provence; siendo, por ello, que luego de haberla terminado y a pesar de los estrictos reglamentos de la editorial para la cual trabajaba, arriesgó e inscribió su obra en el concurso que propusieron las editoriales de mayor renombre en todo el estado de Massachussets. Al finalizar su obra, la cual la tituló: “Bajo el sol de la Provenza y entre campos de lavanda”, decidió tomar con sus dos amigas con quienes compartía un pequeño, entre rústico y contemporáneo apartamento en el centro de Boston, unas relajadas vacaciones e ir al lugar en el cual desarrolló su novela: a Francia.

Capítulo 2

Abby dio un fuerte portazo al cerrar la puerta de la habitación triple, la cual a propósito la habían reservado para mantenerse juntas y, emocionadas, se dirigieron hacia el elevador, pulsaron el botón y señalaron el lobby. Una vez allí, tan pronto y se abrieron las puertas, salieron en un solo jolgorio hacia el exterior de las instalaciones y, tomando el primer taxi que enfilaba junto a la acera, se dirigieron hacia el centro de Paris.

Deambularon de un lugar a otro, recorriendo por las concurridas calles, deteniéndose a su paso a escuchar la entretenida música que ofrecían uno que otro de los grupos de aficionados que alegraban la noche con sus cantos y bailes, avanzaron hacia una plaza y escogieron una mesa para degustar de la gastronomía francesa, acompañada no de una, sino de varias botellas de vino.

Y así transcurrió la noche: entre buena comida, vino y risas; hasta que, el manto de cientos de estrellas titilantes que daba la bienvenida a un nuevo amanecer las obligó a regresar al hotel, puesto que, temprano, a mediodía, tomarían el tour que las llevaría hacia el sur de Francia, al pintoresco pueblo de Les Baux-le-Provence, pasando antes por la comuna de Les Rousses, en donde harían una parada de aproximadamente una hora.



Tomaron el tren de mediodía; tal y como lo señaló el itinerario. Fue un viaje entretenido de alrededor de cuatro horas hasta que, atravesando por extensos campos de un sinfín de bonitas y coloridas flores, llegaron a su primera parada: la pequeña y pintoresca aldea de Les Rousses. Dana y sus dos amigas bajaron del tren y, tras deleitarse de la hermosa vista que tenían a su frente: discretas colinas engalanadas de un perfecto verdor de campos de pinos, los cuales se elevaban erguidos hacia un cielo de un nítido azul radiante, callejuelas de casonas y balcones, aceras adornadas por toda una variedad

de flores; desde simples margaritas, hasta petunias, rosas o tulipanes, enfilaron embobadas junto con decenas de transeúntes que, al igual que ellas, también visitaban aquel maravilloso lugar. Dana, distraída, se detuvo a fotografiar todo cuanto se le presentó a su paso, luego pasó de prisa por entre un grupo de personas que comentaban y compraban *souvenirs* y se adentró en una callejuela, en donde, a todo su largo, exhibían flores y postales. Descolgó la mochila de su espalda, sacó su monedero y se dispuso a comprar un paquete de doce rosas de un intenso rojo que jamás había visto. Le dio a la mujer grande y voluminosa una sonrisa de agradecimiento y estirando la mano le entregó un billete de diez euros. Luego de dar un vistazo dentro de su monedero, se fijó que únicamente contaba con veinte o a lo mucho con veinticinco euros. Frunció la nariz, volvió a colocarse la mochila en la espalda y, tratando de hacerse entender entre moradores y turistas, preguntó por un cajero automático. Caminó un tramo corto: doscientos o trescientos metros y encontró uno. Introdujo su tarjeta bancaria, seleccionó la opción de idioma en la pantalla e ingresó sus datos. Esperó, pero al cabo de pocos segundos la transacción fue rechazada. Frunció con enfado el entrecejo y reintentó; pero nuevamente el mismo mensaje: *“no se pudo acceder con el banco, inténtelo más tarde”*

—¡Vamos, vamos, que necesito dinero! —Respiró con fuerza y, una vez y otra vez, desesperada continuó insistiendo. Sin lograr conseguirlo, molesta retiró la tarjeta de la ranura y la guardó en el bolsillo delantero de su mochila, agarró el paquete de rosas que las había dejado sobre el cajero y, balanceando la cabeza, se encaminó hacia donde suponía que estarían sus amigas. Siguió cuidadosamente los sitios que tomó como referencia y llegó hasta lugar en donde se separó de ellas; pero no se percató de que en el proceso de distraerse fotografiando lo que encontró a su paso, entrar por aquella callejuela, comprar las rosas y finalmente detenerse en el cajero, el tiempo se le pasó sin darse ni cuenta. Miró a su alrededor, tratando de encontrarlas, pero no hubo indicios de ellas. Chequeó su reloj y al darse cuenta de que había transcurrido más de una hora desde que llegaron a la aldea, se abrió paso desesperada entre la gente y corrió hacia la estación del tren. Lánguida, sin aliento y, sujetando en una de sus

manos el envoltorio de las doce rosas que ya se encontraban estropeadas y deshechas observó cómo, a lo lejos, su tren se alejaba.

—¡Mierda, mierda, mierda! ¡Ay, Dios! ¡No, no puede ser!

Sentada sobre una de las banquetas de la estación, con la mochila de un costado y las rosas del otro, Dana, por largos minutos: quizá diez, quizá quince, permaneció ensimismada con su mirada perdida en el horizonte... “Varada en aquel lugar y ella tan solo con su mochila de cuerina marrón y unos cuantos euros en su cartera”. Dio un largo y profundo respiro y, desengañada, bajó la mirada e impaciente empezó a rebuscar dentro de su mochila, tratando de encontrar algo distinto a lo que ya sabía que ahí había; tal vez un billete extraviado..., quizá... *¡Qué más da!*, pensó con desgana... *¡Lo hecho, hecho está!* Sentada sobre esa banca, con sus antebrazos apoyados sobre sus rodillas y sus manos entrelazadas, se tomó su tiempo, tratando de idear la manera de salir de ese lugar y llegar a Les Baux; población que se encontraba a cinco horas de allí. Hasta que, por fin se levantó, tomó su mochila y, vacilando si en agarrar o no el paquete de rosas, terminó dejándolas sobre el banco y se dispuso a caminar siguiendo como referencia a las rieles del tren; alejándose con ello cada vez más.



Las horas transcurrieron, aquel cielo veraniego rápidamente empezó a teñirse de gris y amenazaba con desatarse una fuerte tormenta. Dana continuó su camino en dirección a las rieles. A lo lejos divisó un pequeño caserío; su afán era esquivar a la fuerte lluvia que cada vez amenazaba aproximándose más y llegar hasta allí. Darse media vuelta y regresar al pueblo, del cual había transcurrido ya tres horas desde que se alejó, era imposible. Agilitó su paso y entre tropiezos emprendió su carrera. Constantes gotas de agua empezaron a caer sin piedad sobre ella, volviéndose cada vez más fuertes y cubriendo el campo; hasta que, de pronto, se desató una intensa lluvia. Tomó su mochila y, colocándosela sobre la cabeza, empujó,

casi sin aliento, una pequeña colina. Truenos dispersos se escucharon detrás de ella; y, Dana, empapada, ansiosa corrió deseando llegar lo antes posible al caserío que a la distancia logró divisar. Tan pronto y coronó la colina, con la respiración agitada, exhausta, se detuvo por un momento para recobrar el aliento e, inclinando la espalda, colocó sus manos sobre sus rodillas y, cerrando los ojos, tomó fuerzas, controlándose para no desfallecer. Volvió a incorporarse y, desafiando a la tormenta, corrió ladera abajo. Para su suerte, aquel caserío cada vez se le hizo más visible.

—¡Dale, Dana que lo vas a lograr! —recitaba mientras descendía. Lluvia intensa golpeaba empapando sus hombros, espalda y piernas; ráfagas heladas de viento azotaron sus mejillas; mas ella, reacia, no detuvo el trote y continuó descendiendo ladera abajo. A su camino esquivó un arbusto caído, pero no se percató de una rama atravesada y tropezó, cayendo, a pesar del esfuerzo exasperado, de pecho y cara contra un barranco de agua y lodo.

—¡Maldición...! ¡Solo esto me faltaba! —renegó furiosa apoyándose con las palmas de las manos dentro de esa turbia hondonada y, respirando entre agitada y llorosa, alzó el rostro y se levantó, fijándose, con sus ojos a medio abrir, que a tan solo pocos metros sobresalía, elevándose a través y por encima de tres colinas, hileras de un humo gris. De inmediato, con los dedos de la mano se limpió los ojos y las pestañas y, dando un respiro de alivio, torpemente se sacudió el exceso de agua, hierba y lodo del cabello, las mejillas, los hombros, brazos y piernas y, esquivando los truenos que ensordecían detrás de ella, atolondrada se encaminó hacia lo que parecía ser una granja y con un establo de costado.



La lluvia cesó al tiempo en que se detuvo. Había pocos árboles en aquel llano abierto, fijó la vista y pudo desde ese punto divisar pastizales y campos cultivados. Esbozó una sonrisa de alivio y, aligerando el paso, se encaminó hacia aquella propiedad en donde cada vez se hacía más notoria una casona

vieja, rodeada de gallinas, patos y gansos. De pronto, un hombre alto y de cabello oscuro apareció de la nada por un costado de la casona y se dirigió hacia un espacio de tierra y piedra cercado con alambre de púas que apenas se distinguía desde esa distancia; al parecer, por su fisonomía bien trabajada, parecía que se trataba de un hombre joven. Claramente, a pesar de los tantos metros que los separaba, Dana pudo apreciar que vestía vaqueros oscuros y camiseta gris, la cual se notaba que la traía húmeda y se le pegaba al cuerpo como una segunda piel; tal parecía que arriaba ganado. Disminuyó su paso y lentamente fue acercándose; definitivamente, aquel hombre, quien continuaba de espaldas a ella, arriaba algunas cabezas de ganado hacia unos interesantes corrales de madera pintados en un rojo llamativo.

Al fin se detuvo junto a un pozo de piedra e, indecisa, aparte de sentirse avergonzada por cómo se encontraba, vaciló si en dirigirse a él en español o proceder con algún saludo que de inmediato recordó en francés:

—*Bon...* —carraspeó, aclarando la voz—. *¡Bonsoir Monsieur!* —No hacía falta fijarse demasiado para apreciar que tenía los brazos fuertes y la espalda ancha.

Él, en el acto, regresó a mirar y tras contemplarla en silencio: mojada, despeinada y enlodada, se limitó a alzar lentamente una ceja.

“*Bonsoir Monsieur!*”: (Buenas tardes, señor)

Capítulo 3

—*Oui, dis-moi, mademoiselle?* —preguntó él.

—Eh..., *moi...*, yo... —titubeó. Olvidó por completo el poco francés que sabía; además de la vergüenza que sintió por cómo él la observó, la desarmó por completo; en tanto que, mientras la mirada de aquel hombre descendía por su cuerpo y volvía a ascender observándola con gesto intrigado; ella, paralizada, siguió aquellos ojos de mirada penetrante: grandes y rasgados de un negro tan oscuro como su cabello. El hombre sonrió y, con gesto de burla:

—Puede hablarme en español —dijo entonces, secamente.

Dana asintió entre una sonrisa forzada y una mueca.

—Disculpa por llegar aquí así, en estas condiciones. Caminé desde el pueblo en medio de la lluvia. No conozco nada de este lugar. Yo...

El hombre, con semblante serio, tan solo la escuchó atento; sus labios no reflejaron ni una leve sonrisa.

—*Les touristes...* —balbuceó—. Sígame —le dijo—, hace frío, le aconsejo que tome un baño caliente, se cambie esa ropa mugre y descanse. Esta casa es en la realidad un hostel. —Y, acto seguido, el joven se adelantó mostrándole el camino; mientras que, Dana lo siguió en total silencio. Era alto, quizá entre un metro ochenta y cinco u ochenta y siete y de un caminar tranquilo y elegante.

—Me llamo Dana, Dana Evans —señaló de pronto, rompiendo el incómodo silencio mientras apresurada avanzaba detrás de él—. Viajé desde Boston con dos amigas, por distraída perdí el tren y ahora de seguro y estarán llegando a Les Baux-le-Provence. Mi maleta —prosiguió, tratando de explicarle las circunstancias y el porqué de encontrarse ahí—, pasaporte, ¡todo! va con ellas en ese maldito tren, traté de sacar dinero del cajero pero me fue imposible y yo necesito salir de este lugar lo antes posible. Yo...

—El próximo tren sale en tres días —la interrumpió cortante.

Dana, agilitando aún más su paso, se paró frente a él.

—¿Cómo...? ¡Tengo que estar allí mañana mismo!

—No hay otra forma de hacerlo. ¡Imposible sino hasta solo después de tres días!

—Pe... pero...

—Sígueme, por favor —indicó dándose vuelta—. No tengo problema de que se quede aquí, tengo habitaciones disponibles y en cuanto a la manera de cómo me pagará, mañana hablaremos de eso.

Dana respiró profundo y frunció el ceño con gesto de enfado.

—Gracias... ¿Podrías al menos decirme tu nombre? —requirió y continuó apresurada caminando detrás de él, mientras subían por unos viejos escalones de madera.

—Armand.

—Armand... ¡Oh! ¡Gracias! Armand, ¿qué?

—Armand Boissieu, *mademoiselle* —respondió dándose la vuelta a su pregunta, esbozando al fin una suave sonrisa—. Ahora permítame, por favor —indicó abriendo una antigua puerta de madera en un color blanco desteñido—, esta es su habitación. Le recomiendo que tome un baño y enseguida baje al comedor. La cena se sirve hasta antes de las nueve de la noche y supongo que estará hambrienta.

Dana rodó los ojos hacia el interior de la habitación y entró. Le sorprendió encontrarse con una alcoba espaciosa, pulcra y, sobre todo, le atrajo el perfecto contraste entre lo antiguo del exterior de la casona con ese toque moderno y fresco de ciertos muebles como la cama y su acolchonado duvet blanco; el diván que se encontraba al pie de un ventanal grande y cuadrado y desde donde se apreciaba un campo abierto de pastizales y sembríos y sus colinas tan verdes como esmeralda en flor bañadas por coloridas margaritas y rosas; las mesitas de noche a cada extremo de la cama, contrastaba en perfecta armonía con las lámparas vintage y el jarrón de rosas blancas, las cuales le daba a la habitación un toque femenino de frescura.

—Podría facilitarme, si es posible —dijo Dana volviéndose hacia él—, ¿con algo de vestir?, por favor. Esto que llevo encima es lo único que traigo.

—Enseguida se lo consigo. Tengo una hermana que rara vez viene por aquí. De seguro y algo encontraré que le sirva. —Armand se dio media vuelta y salió.

Dana se quedó mirándolo de pie junto a la puerta; no podía creer encontrarse en tal situación y con un hombre tajante e insociable; pero, al mismo tiempo, tan bien puesto. Trigueño, de unos treinta y tantos años, de penetrantes ojos negros, nariz recta y elegante, barba delicada a medio crecer y una boca de sensuales labios largos y generosos que cada vez que pronunciaba algo, así fuese de lo más cortante, derretiría a cualquiera.



Al día siguiente, Dana despertó a tempranas horas de la mañana. Enseguida que se levantó fue a tomar un baño bastante largo y se vistió con la misma mudada que usó la noche anterior. Se acomodó el cabello, dejándolo suelto y salió. Caminó lentamente por el pasillo, mirando los cuadros y retratos que colgaban de sus paredes; dedujo que quizá se trataba de familiares. Descendió por las escaleras y llegó al recibidor, en donde había dos sillones grandes de cuero marrón, tres butacas sencillas en un suave color arce con una mesita de apoyo de cada lado, distribuidas por los extremos y de frente a una chimenea de piedra en donde ardían unos cuantos troncos de leña y de frente a ella una mesa rectangular de centro antigua en madera de roble oscuro, sobre la cual se exhibían revistas, libros y una fuente ovalada repleta de chocolates y confites. El salón se encontraba vacío, lo atravesó despacio percibiendo un suave y fresco aroma a pino y manzano. Fue hasta un comedor amplio, en donde, a todo su contorno, había regadas mesas pequeñas cubiertas con manteles blancos y una rosa en botón que las adornaba. Movi6 la silla, tomó asiento y esper6 hasta que alguien aparezca. No había transcurrido ni dos minutos y, abriendo dos puertas

movibles, salió un joven, al parecer, aparentaba la misma edad que la que tendría Armand; quizá unos treinta y cinco años: simpático, alto y pelirrojo, de lo que parecía ser la cocina.

—Buenos días, señorita —saludó con ella acercándose muy sonriente—, estaba pendiente de usted en cuanto bajase a desayunar. ¿Tuvo una agradable noche?

De inmediato, la cordialidad y el carisma de aquel joven, hizo la diferencia; al contrario del otro, Dana se sintió a gusto con él.

—Buenos días. Si, gracias. Me llamo Dana Evans.

—Lo sé. Armand ya me informó sobre usted. Me pidió que la atienda en todo lo que se le ofrezca. Por el momento le serviré su desayuno.

—Gracias. ¿Él no se encuentra ahora aquí?

El joven negó con la cabeza.

—No. Además me dijo que le entregase esto: —Colocó sobre la mesa un paquete muy bien envuelto en un tipo de papel de despacho. Dana, con gesto de sorpresa, enseguida lo atrajo hacia ella y lo abrió. Se trataba de otra mudada de ropa: jeans y una camiseta blanca.

—Es muy amable de parte suya, pero... —Intrigada, levantó a mirarlo—. Es de su hermana como me lo confió anoche o quizá de alguna novia... ¿o su esposa?

El joven echó a reír.

—Claro que no. De lo que yo sé, Armand no está casado. Toda esa ropa es de su hermana Bernadette.

Dana levantó con una suave sonrisa el rostro hacia la lámpara que colgaba del techo y exhaló.

—Tuve mis dudas sobre ello, en la realidad me sentí muy inquieta e incómoda pensando que sería de su esposa. Perdone por tanta intromisión.

—No hay problema. Y, bueno, permítame que me presente. Me llamo Antoine, vivo en este lugar, de hecho, trabajo aquí mientras Armand tiene que permanecer por cortas

temporadas en París. Ahora, con su permiso —dijo haciéndole un gesto con la cabeza—, le traeré su desayuno.

Dana levantó una ceja mientras pensaba. Pasados unos cuantos minutos, Antoine regresó con una fuente muy bien dispuesta, en donde había: café, rodajas de pan baguete, mantequilla fresca, una jarra pequeña con leche de finca recién ordeñada, huevos revueltos y jugo de naranja.

—Por cierto —le dijo mientras colocaba la fuente sobre la mesa—, Armand estará de regreso antes del mediodía y me recomendó le diga que si en sus planes está dar un paseo por la estancia y sus linderos, que no se aleje demasiado. Podría extraviarse, además de que él necesita mostrarle ciertas tareas de este lugar.

—Oh, ¡qué considerado de su parte! —exclamó Dana con tono irónico—. No comprendo a qué se refiere en cuanto a “mostrarme ciertas tareas de este lugar...”

Antoine se encogió de hombros sin saber qué responder.



Al terminar con su desayuno, Dana cogió el envoltorio y se dirigió a la habitación. Lo dejó sobre la cama y salió nuevamente. Bajó por las escaleras, avanzó por el recibidor, salió al patio frontal, lo cruzó, encontrándose a su paso con las gallinas, los patos y los gansos que la tarde anterior ya los había visto. Atravesó el establo, cruzó la cerca y, finalmente, se adentró ladera arriba por la colina...

“*Oui, dis-moi, mademoiselle?*”: (Sí, ¿dígame, señorita?)

“*Les touristes*”: (Turistas)

Capítulo 4

Cuando Armand llegó a mediodía a su casa de campo y después de tratar ciertos asuntos que de imprevisto se le presentaron en su taberna; de la que también era propietario y la cual se encontraba a las afueras de Les Rousses, dejó su maletín de cuero negro sobre el tapete que cubría una de las mesitas del recibidor y enseguida se encaminó hacia la colina; estaba al tanto de que Dana paseaba por ese lugar, porque ya Antoine se lo había informado. No hizo falta alejarse demasiado, ella se encontraba en la cima de una de las tres colinas que rodeaban sus tierras: baja, de veinte o treinta metros de altura. Sentada de cara hacia la ladera, contemplaba hechizada la belleza de aquellas campiñas al aire libre; donde el horizonte, el extenso campo de flores silvestres y ese azul de cielo maravilloso se fusionaban en uno solo, para crear un paisaje hermoso y con contrastes inigualables. Hasta que, al reconocer aquel distintivo aroma masculino: una mezcla de cítricos y aroma amaderado; tan fresco como recién salido de la ducha, de inmediato se volvió:

—Posee tierras muy hermosas —comentó dirigiéndole la mirada a Armand, quien se encontraba a pocos pasos detrás de ella; y, nuevamente, regresó la mirada hacia el campo.

—Venga conmigo —dijo él—, tengo que indicarle algo.

—¿Podría antes informarme si hay manera de salir de este lugar y llegar al sur de Francia?

—Ya le expliqué que el próximo tren pasa en dos días. No hay de otra manera. ¿Por qué no está usando la ropa que le hice llegar con Antoine?

Luego de dar una larga exhalación, Dana alzó a mirarlo y se levantó.

—Me siento cómoda con lo que llevo puesta. Después de usted... —ofreció con ironía.

Armand, en total silencio, se encaminó por delante; y, ella, casi corriendo y entre tropiezos fue tras de él, tratando de igualar la agilidad de su paso. Atravesaron el patio de piedra y

entraron a uno de los establos, en donde, intrigada, lo siguió sin comprender el porqué de llevarla hasta allí. Finalmente, él se detuvo frente a una portezuela y acto seguido la abrió. Dentro había una enorme vaca y un banquillo a su costado. Comía de un bloque de heno y luego rumiaba. Dana frunció las cejas y, negando con la cabeza:

—No es lo que estoy pensando... ¿Verdad?

Por primera vez, Armand rio con tanto gusto.

—De alguna manera tendrá que pagar por su estadía en mi hostel, *mademoiselle*.

—Pero ¡es que jamás he ordeñado vacas!

—Siempre se aprende algo nuevo.

—¿Está loco? ¡Yo soy oficinista! ¡Trabajo en una editorial de Boston! ¡Por el amor de Dios...! ¡Soy escritora!

—Hum... ¡Qué interesante! —exclamó irónicamente—. Pero hoy está aquí... Le recuerdo que sin dinero ni documentos que la respalden; lo cual me hace desconfiar de quien realmente sea usted; además... —añadió sin apartarle sus ojos de encima—, de alguna manera tengo que cobrar por sus gastos.

Dana frunció los labios.

—¡Deme eso! —exigió entrecerrando los ojos, arranchándole la cubeta que Armand sujetaba en una de sus manos—. ¡Por supuesto que podré hacerlo y así termino de una buena vez con esto! ¿Satisfecho? —replicó mirándolo furiosa.

—Vamos con calma —observó él. Hizo que preste atención y acercó otro banquillo que se encontraba a un extremo del corral—. Antes tengo que indicarle cómo hacerlo. —Tomó de vuelta la cubeta y, sentándose junto a ella, sacó del bolsillo de los jeans entubados, de un azul oscuro que llevaba puesto, un par de guantes de látex y acto seguido empezó a ordeñar a la vaca—. ¿Se da cuenta? —indicó sujetando de las tetillas del animal, mientras le mostraba cómo hacerlo—, es sencillo. Tiene que colocarse lo más cerca del animal, dejando poca distancia entre la cubeta y la ubre. Primeramente, tome

de las dos tetillas delanteras, de modo que llenen la palma de su mano, apriételas con delicadeza y empieza a ordeñar; pero hágalo con firmeza, no jale con fuerza porque luego podría incomodarse. Luego siga el mismo procedimiento con las tetillas traseras. Ahora —dijo dándole un par de guantes y acercando la cubeta a sus tobillos—, hágalo usted. Hoy tan solo quiero que se habitúe con la técnica.

Dana cogió la cubeta, la acomodó entres sus piernas y, tal y como Armand se lo había explicado, luego de colocarse los guantes de látex respiró profundo y con gesto de no sentirse nada cómoda, cerró los ojos y tomó de las tetillas delanteras entre sus manos; pero, al contrario de las indicaciones que con toda la paciencia él se las dio, más bien tiró con fuerza de ellas y se las estrujó. De pronto, la cubeta salió disparada de entre sus piernas y Dana cayó de rabadilla contra el piso. Exasperada se retiró el cabello de los ojos y vio a Armand, quien, entre una leve sonrisa y gesto de asombro, la observaba pasmado.

—¡Haga algo! —gritó desesperada—. ¡No se quede ahí parado! ¡No ve que ese animal va a aplastarme!

Armand, de inmediato, le ofreció su mano ayudándola a ponerse en pie; en tanto que, incorporándose, Dana, de un brusco tirón, fulminándolo, soltó de su mano. Fruncida se limpió el exceso de heno y hierba de la cara, pecho y muslos y, dándose media vuelta, salió vociferando del establo.

—¡Espere! —gritó Armand al tiempo que la detuvo por el brazo—, no se vaya.

—¡Ya es suficiente! —replicó volviéndose hacia él—. ¡No tengo porqué consentir a todos sus estúpidos caprichos, señor Boissieu! —espetó sosteniendo fúrica su inquieta mirada—. Apenas y llegue a Les Baux le haré llegar su dinero... ¡Y con intereses!

Armand la miró y exhaló.

—Discúlpeme usted, *mademoiselle*, pero no fue mi intención asustarla ni ofenderla.

—¡Pero lo consiguió!

Armand bajó la mirada y asintió.

—Discúlpeme, por favor. Y quédese tranquila porque mañana pasará un tren a las seis de la mañana. Pero tendrá que hacer trasbordo en Lyon, Saint-Étienne y Aviñón. Al atardecer estará en Les Baux.

Dana se quedó pensativa con la mirada perdida en el dobléz de la manga de su camiseta y lo atractivo que le resultaron la firmeza de sus bíceps; hasta que, alzando el rostro al cielo, por fin esbozó una calma sonrisa.

—¡Qué buena noticia! —Y, bajando la mirada, preguntó:

—Me llevará hasta la estación, ¿verdad?

Armand asintió haciendo una ligera inclinación con la cabeza.

—Pierda cuidado. Faltando quince minutos para las seis la llevaré hasta allí.



Tal y como se lo informó el día anterior, Armand esperaba por ella dentro de su pequeño Renault azul, desde las cinco y cuarenta de la mañana. Ella se encontró con él faltando diez minutos para las seis. Por lo que, tan pronto y embarcó, Armand no hizo pasar por alto su disgusto por llevar cinco minutos de retraso; cuando claramente le advirtió que saldrían faltando quince minutos para las seis. Dana, como siempre, discutió con él por su excesiva disciplina, regresó la mirada a la ventanilla del auto y prefirió mantenerse en silencio hasta llegar a la estación de Les Rousses. Al llegar allí y ver que no se encontraba su transporte, de un empujón, desesperada, abrió la puerta del auto, le dio a Armand un gracias apresurado y en carreras fue hasta la ventanilla de la estación y preguntó por el tren con destino a Les Baux-le-Provence. Para suerte suya, el tren no había llegado aún. Se dio la vuelta para ir donde Armand; pero él ya se encontraba detrás de ella.

—¡Oh! ¡Gracias a Dios y no perdí este tren! —exclamó agitada.

—Tendrá que esperar entre quince a veinte minutos — intervino enseguida él informándola—, porque surgió un retraso en Saint Clément. Es lo que alcancé a escuchar.

—Si, algo de eso logré entender. Bueno, le agradezco nuevamente, señor Boissieu. Y pierda cuidado, que tan pronto y llegue a Les Baux, haré una transferencia a su nombre por los días que he permanecido en su hostal.

—Le agradezco. Que tenga un buen viaje, *mademoiselle* —dijo y, dándose media vuelta, se encaminó hacia el auto.



Después de dar un relajado suspiro, Dana fue hasta la banqueta. Tan pronto y se acomodó, abrió su mochila, sacó un libro que ya lo tenía empezado y se dispuso a leerlo, levantando de vez en cuando la mirada para chequear el reloj de pared que acertadamente se encontraba a un extremo de la estación.

Transcurrieron los veinte minutos y no había señales del tren. Dana no tomó importancia y continuó aferrada a su lectura, la cual hizo que de sus labios escaparan una que otra sonrisa. Volvió casi, inconscientemente, a levantar la mirada hacia el antiguo reloj de pared y al mirar que daba las seis y cuarenta y cinco empezó a preocuparse. Cerró de inmediato el libro, lo metió dentro de la mochila y fue hasta la ventanilla y, tratando con gestos y manos de hacerse entender, preguntó el porqué del retraso. El hombre, entre un español confuso, además de señas, se esforzó por explicarle que seguía varado en Saint Clément, pero que de un momento a otro llegaría. Dana, dándole las gracias, regresó a la banqueta, sacó nuevamente su libro y continuó leyendo.

Había transcurrido una hora y, ella, despreocupada, continuó sumergida en su lectura. Levantó la mirada y miró hacia el reloj; habían pasado dos horas y el tren no aparecía. Dejó el libro sobre la banca e, intrigada, volvió con el guardia de la estación. Él, con gesto de incertidumbre, movió la cabeza, dándole a entender que no podía hacer nada al

respecto. Respiró profundo y sin alternativa regresó a la banca y no tuvo otra opción que continuar aguardando. No prestó más atención a la lectura, se levantó en varias ocasiones mirando desesperada de un lado hacia el otro, mientras caminaba por el pasillo de la estación. De pronto, el guardia vino hacia donde ella y, gesticulando con las manos, le indicó que no habría tren sino hasta después de dos o tres días; nada se podría hacer, ya que nada estaba confirmado aún.

Dana miró al cielo; y, en un fuerte y largo respiro:

—¡No puede ser! —protestó—. *Merci Monsieur!* —agradeció al guardia. Se colocó con desgana la mochila al hombro y, nuevamente, con un amargo saborcillo entre fastidio y resignación, no tuvo otra alternativa que volver a la estancia de Armand.

“*Merci Monsieur!*”: (Gracias, señor)

Capítulo 5

—Tal parece que hoy no estoy de suerte —entró Dana diciendo a la casa. Armand, quien se encontraba de espaldas a la puerta de entrada, mirando por el ventanal hacia el campo, se volteó enseguida que escuchó su voz.

—¿Qué ha ocurrido? Pensé que ya estaría de camino a Les Baux.

Dana exhaló y fue junto a él.

—¿Puede imaginar que el tren nunca llegó?

—¿No llegó? ¿Le dijeron el motivo? Aunque... —Armand hizo un gesto con la cabeza, negando—, no lo habría comprendido.

—¡Por supuesto que pude comprender todo! Bueno, al menos una parte de lo que el guardia trataba con manos y señas de explicarme.

Por vez consecutiva, Armand volvió a reír de tal manera que, pudo contagiarla y le robó otra risotada a Dana.

—Habrá un tren en los próximos tres días —le explicó y calló por un momento; y, luego, mirándolo fijamente, comentó:

—¡Qué agradable me resulta verlo sonreír así, señor Boissieu!

—Créame que no soy tan serio y hostil como supongo que usted por su evidente comportamiento para conmigo me ha catalogado. Y, por favor, deje ya de llamarme de señor Boissieu. Llámeme por mi nombre.

—¡Y usted deje de decirme *mademoiselle!* —respondió ella esbozando una leve risita.

—Si así lo prefiere, *mad...*, perdón, Dana.

Dana sonrió de tal manera, haciendo un gesto tan encantador con su boca que, Armand no se resistió el quedársela contemplando.

—Dana —por fin dijo él, entre una mirada intensa y una sugestiva sonrisa que brotó de sus generosos labios rojos—, ¿le molestaría tratarme de tu?

Dana, sonrojada, negó con la cabeza.

—¡No debe ni consultármelo! Por el contrario, es grato para mí tratarlo así... ¡Perdón, corrijo! —observó al momento—, tratarte así, Armand. Y ahora, necesito retribuir por todos los gastos que he tenido y tendré en tu hostel. ¿Volverías a enseñarme cómo ordeñar a las vacas? O quizá —propuso acercándose un tanto más hacia él—, alguna otra labor que tengas en mente.

—¿Estarías dispuesta?

Dana respondió con un sí.

—Está bien... Me gustaría también que vengas conmigo por la noche a la taberna. ¿Qué tan buena eres sirviendo tragos?

—¿Sirviendo tragos? Nunca lo he hecho, pero supongo que no será nada complicado.

—Son trabajadores que luego de largas e intensas horas de jornada desean un buen servicio.

Dana frunció la boca.

—De acuerdo, pero con la condición de que no se sobrepasen y si me encuentro con patanes no seguiré atendiéndolos.

Armand sonrió con ironía.

—¡Y todavía me condicionas! Tranquila que eso no llegará a ocurrir —dijo y se disculpó con ella pidiéndola que le deje solo porque esperaba por alguien. Dana asintió y fue a la cocina en busca de una taza de café caliente.



A la mañana siguiente, Dana, aún dormida, escuchó que golpeaban a su puerta. Rodó hasta el extremo de la cama y,

buscando bruscamente entre el desorden de la mesita de noche el reloj despertador, de un manotazo lo lanzó al piso. Antes de levantarse e ir a abrir la puerta que con insistencia continuaban golpeando, se sentó al filo de la cama, estiró los brazos y dio un largo bostezo. Prendió la lamparita de noche y cuando levantó el reloj del piso miró que marcaba las cuatro y cuarenta de la mañana. Con el ceño fruncido dirigió la mirada hacia la puerta de su habitación; hasta que, de pronto, escuchó la voz de Armand, insistiendo a que despierte. Enseguida se levantó y fue a abrirla.

Armand aguardaba junto a la puerta, vestía jeans, un buso de cuello alto apretado al torso, gorro y botas de goma negras.

—Te espero en diez minutos en el establo —le dijo; y, sin dejarla siquiera protestar, se dio media vuelta y se marchó.

Dana, respirando profundo, cerró la puerta; en tanto que, quejándose y maldiciendo porque la idea de ordeñar vacas fue de ella misma, abrió la gaveta del mueble que se encontraba a un extremo del cuarto y escogió uno de entre los dos jeans que ahí había y enseguida los vistió, agarró un suéter de lana y se lo puso sobre la camiseta que llevaba puesta, se colocó medias y calzó sus deportivos. Fue al baño, se lavó la cara, se cepilló los dientes, trenzó su cabello y bajó. Cuando llegó al corral, Armand la esperaba sentado en una de las banquetas junto al animal.

—Me hubieses informado ayer sobre esto —reclamó en cuanto se instaló a su lado—; por lo menos así me hubiese preparado.

—¿Preparado...? ¿No estás acostumbrada a levantarte temprano?

—No. Una cosa es salir de la cama a las seis de la mañana y otra muy diferente a las cuatro y treinta. Hubiera sido gentil de tu par...

—¡Estamos aquí para trabajar, tú misma lo sugeriste! Ahora, por favor, concéntrate y haz esto bien, de otro modo volverá a ocurrir lo mismo de hace unos días y no es un juego.

Dana se quedó mirándolo, agarró los guantes de látex que estaban sobre el banco, se los colocó y, en silencio, se dispuso a ordeñar a la vaca, mientras discutía para sí misma: *¿Y a este que le pasó? Ayer, en cierto modo, fue agradable... ¡Qué carácter del demonio tiene, joder!*

—Pienso haber sido lo bastante claro —añadió Armand poniéndose en pie—, si tienes alguna pregunta, hazla porque no estaré aquí contigo.

Dana entrecerró los ojos y negó con la cabeza.

—¿Insinúas que voy a quedarme aquí sola y con semejante animal?

—Sí.

—Pe..., pero...

—Si no tienes nada más que preguntar —prosiguió retirándose uno de los guantes y lanzándolo al tacho—, entonces te dejo. Cuando hayas terminado llevas la cubeta y la guardas en la cocina, Antoine puede ayudarte con eso. Suerte —concluyó diciendo y lanzó el otro guante dentro del basurero. Dana estuvo a punto de protestar, pero Armand se dio media vuelta y se marchó dejándola con la palabra en la boca.

—¿Qué ocurre con este hombre? —gruñó mientras lo veía alejarse con su típico caminar relajado. Inhaló con fuerza y, acomodándose en la banqueta, guardó la calma y se dispuso a ordeñar a la vaca. *Vamos, repitió nerviosa, esto no tiene nada de ciencia. Pongo la cubeta lo más cerca a la vaca, tomo con firmeza, primeramente de las tetillas delanteras y... aprieto. Así es. ¡Buen animalito! Calma, Dana, que lo estamos haciendo bien. Pero ¿por qué no sale suficiente leche? —replicó frunciendo labios y ceño—. ¡Demonios! Tengo que apretar bien de la base o se regresará todo. Al menos debió quedarse conmigo y supervisar mi trabajo. ¡Tipo tan malhumorado y descortés! ¡Quién lo aguanta! ¡Y yo que por gusto me meto en estas! Bien, vaquita. Ahora..., prosiguió tomando de las tetillas traseras y apretándolas, mismo procedimiento y termino con esto. ¡Perfecto, la cubeta se está llenando! ¡Vamos por buen camino!* Dana se emocionó de tal

manera que, sin darse ni cuenta estrujó de la tetilla de la vaca; mugiendo esta al momento y moviéndose; en tanto que, del susto, Dana trató de pararse e instintivamente pateó a la cubeta y la volteó, derramándose gran parte de la leche por el suelo.

—¡No, no, no! —Desesperada, se abalanzó al piso y, abrazándose a la cubeta, le dio vuelta—. ¡Mierda, no! —gruñó al mirar que tan solo quedaba una cuarta parte de la leche. De rodillas contra el piso, levantó el recipiente y lo colocó sobre el banco, se puso en pie y, sacudiéndose la paja y limpiándose el exceso de leche de la cara y del cuerpo, agarró el cubo y salió a tropezones del corral.



Cuando llegó a la casona y entró a la cocina, Antoine se encontraba sentado a la mesa y con una taza de café en las manos.

—Dana... ¿Qué sucedió?

—¡Esto! —replicó colocando la cubeta sobre la mesa de trabajo—. ¡Tu amigo me tiene harta! —Fue hasta el grifo y, mientras que lo abría bruscamente:

—¡Ya no lo soporto más! —vociferó lanzándose agua a la cara.

—Qué te puedo decir —respondió inquieto mirándola cómo, enojada, cerró el grifo y fue hacia donde él—, Armand tiene un carácter impulsivo a veces, pero...

—¿A veces? —interrumpió fulminándolo, retirándose el exceso de agua de los ojos—. Tu amigo no es impulsivo... ¡No! ¡Él lo que de seguro tiene es un problema de identidad! ¡Es intransigente, intratable, arrogante, despiadado...! ¡Y muchos calificativos más para nada agradables! Además, no es su proceder de “a veces” ... ¡Es de todo el tiempo!

—Te comprendo, Dana. Armand necesita mejorar su conducta... y, en cierto modo, superarlo.

—Superar ¿qué?. Me alcanzas la jarra de café —pidió mientras terminaba de acomodarse en la banca—, ¿por favor?

—Por supuesto —contestó acercándose y prosiguió:

—Armand quedó muy afectado cuando descubrió a su novia engañándolo con uno de sus amigos. A partir de ese momento él cambió, se aisló por mucho tiempo de todo y se refugió en este lugar. La amaba demasiado. Iban a casarse en poco tiempo y eso lo derrumbó.

—Hum... Es ese el motivo. En cualquier caso —comentó, ocultando con la taza de café lo que ya era una expresión de sorpresa—, no le da derecho para tratar rudamente a todas las mujeres. La amaba demasiado, ¿dices? ¿Cuándo iban a casarse?

—El año pasado —respondió y se sirvió más café—. Armand es una gran persona. Se escuda detrás de esa manera autoritaria, descortés y hasta fría. Pero créeme que en el fondo él es un gran amigo, un buen hermano.

—Hum, comprendo. —Dana frunció los labios—. ¿Podría pedirte algo?

—Claro.

—Necesito ir al centro de Les Rousses, quizá en esta ocasión tengo más suerte y puedo sacar dinero del cajero.

—Por supuesto, Dana. Si lo deseas podríamos ir ahora mismo.

—Sí, por favor. Antes tomaré un baño y enseguida te daré el encuentro.



Dana no consiguió retirar dinero del cajero, la tarjeta fue bloqueada por seguridad por su banco, lo cual la preocupó aún más ya que, únicamente, solo llegando a Boston podría solucionar ese inconveniente. Y para cuando estuvieron de regreso en la estancia, después de que Antoine la invitó a almorzar y luego de que Dana consiguió cambiar el itinerario de su pasaje para Paris, el cual estaba programado para dentro de tres días, ya Armand se encontraba en la casa.

—*Bonjour* —saludó con él cuando entraron al recibidor y continuó su camino hacia las escaleras. Antoine, quien venía detrás de ella, se detuvo en el mostrador.

—Dana... —Armand fue tras de ella—, ¿cuento contigo esta noche para ir a la taberna?

Dana se volteó.

—No estoy segura de querer hacerlo. Además, no quiero terminar dañándolo todo.

—¿Siempre te das por vencida...? ¿Así, de inmediato? A mi parecer, no es la actitud de alguien quien escribe libros. Es lo que me dijiste, ¿verdad?

—No, señor Boissieu, se equivoca. No soy la mujer que se rinde al primer revés. Simplemente, no deseo acompañarlo ni estar con usted, porque usted me irrita, me indigna. Su compañía no es grata para mí. Y, en cuanto al dinero...

—No vamos a empezar con lo mismo, señorita Evans —le interrumpió con el ceño fruncido.

—¡Oh! Al menos ha recordado mi apellido.

—Yo jamás olvido ningún detalle, Dana. Como le iba diciendo, no tiene que preocuparse por ninguna deuda para conmigo. ¡Eso ya está saldado!

—¡Nada ha sido saldado aún! —Dana respiró profundo y exhaló con fuerza—. ¡Dije que le pagaré y lo haré! ¡Y hasta el último centavo!

—Si así lo prefiere... —contestó burlonamente, haciendo una ligera inclinación con su cabeza.

Antoine los miraba discutir a ambos como quien mira un partido de fútbol: sus ojos rodaban del uno al otro.

¿*Nuevamente ese trato político y de usted?*, observó para sí mismo a medio sonreír.

—Que tenga una buena tarde, señor Boissieu —concluyó Dana y, dándose media vuelta, subió por las escaleras.

—¿Vienes conmigo a la taberna, Antoine? —preguntó Armand a su amigo volviéndose hacia él después de que la vio

desaparecer por el pasillo.

—Claro que sí, Armand, vamos.



A la mañana siguiente, Dana se levantó antes de las seis de la mañana y enseguida de tomar un baño y de vestirse, bajó a la cocina. Antoine organizaba el desayuno para los huéspedes.

—*Bonjour*, Antoine.

—Oh, Dana, *bonjour* —contestó volviéndose hacia ella, él preparaba unos huevos escalfados—. ¿Qué te trae tan temprano por aquí? Toma asiento, te serviré café.

—¡Cómo resistirme! —Dana inspiró profundo, sintiendo el embriagante y delicioso aroma a café Expresso recién pasado por la máquina.

—Sírvete, por favor. —Antoine colocó sobre el mantel blanco de la mesa las dos tazas de café, una canastilla de un apetitoso pan baguette salido al momento del horno y en dos platos los huevos escalfados, bañados en salsa de tomate fresca, orégano y albahaca. Acercó un frasco de cristal alargado con aceite de oliva y otro con vinagre de cidra de manzana, sal y pimienta.

—¡Esto se ve delicioso! —comentó Dana al tiempo que, pinchando uno de los huevos, se lo llevó a la boca—. ¡Exquisito! —exclamó tras hacer un ademán con la mano; aún con la boca llena y continuó revolviendo más del huevo con la salsa y llevándose a la boca.

—Anoche no te sentí bajar —comentó Antoine.

—¡Ni me lo recuerdes! —Dana tomó la servilleta y se limpió los labios—. Preferí quedarme en la habitación; mas pasé una noche de demonios. ¡Moría del hambre!

Antoine rio.

—Hubieses bajado, yo estaba aquí.

—Hum, ¿cómo saber que más bien sería él quien se encontraría y no tú? No deseaba verlo.

—No. Armand regresó hasta altas horas de la noche de la taberna. Ustedes definitivamente no tienen química —dijo y echó a reír.

—Definitivamente... Bueno, termino de una vez con esto y voy a lo que vine.

—¿A lo que viniste? ¿Qué piensas hacer?

—Atender a los huéspedes. ¿Piensas que seguiré de brazos cruzados sin retribuir por mis gastos en este lugar? No. Tengo dos lindas manitas y toda la voluntad de ayudarte en la cocina, así que las usaré. Además, esta noche iré a la taberna. Nunca he sido carga para nadie ni esta será la excepción.

—¡Como tú digas! Entonces... —observó Antoine levantándose de la mesa—, manos a la obra que pronto empezarán a bajar los huéspedes. ¿Sabes cómo preparar huevos escalfados?

—No —le respondió atándose el delantal a la cintura—, pero tendré que aprender. Vamos, indícame cómo hacerlos.

Antoine movió de lado a lado la cabeza.

—*¡Mon Dieu!*



Al caer la tarde, Dana se preparaba para ir a la taberna. Vistió su blusa de manga corta, ceñida a la cintura, además de los jeans y el abrigo corto de Bernadette. Se levantó el cabello en un moño alto, dejando caer de cada lado dos mechas largas y se pintó los labios de un mate rubí. Salió al estacionamiento y se embarcó en el auto de Antoine que con anticipación él ya se lo había ofrecido y manejó hasta allí.

Cuando llegó al bar, una agradable música instrumental sonaba en su interior. Este se encontraba a medio llenar, la mayoría de ellos se puede decir que eran campesinos de la zona por su apariencia descuidada y un tanto grotesca, y una

que otra pareja que bebían y conversaban sentados a la barra. Armand, de espaldas a la gente, llenaba con algún tipo de trago algunos vasos alargados, mientras que, una muchacha, de unos veinte y tantos años, esbelta y graciosa y con un pequeño delantal amarrado a la cintura y una fuente en una de sus manos, aguardaba a un costado de él.

—Buenas... —Dana carraspeó, aclarando la voz—. *Bonne nuit*.

La muchacha regresó a mirar y sonrió; al tiempo que, Armand se volteó.

—¡Dana, buenas noches! —saludó con ella esbozando una suave sonrisa—. ¿Has venido por el trabajo?

Dana asintió y enseguida fue tras el mostrador, agarró el primer delantal que encontró y se lo ató a la cintura, tomó una libreta de notas, pluma y una fuente circular del estante y enseguida preguntó, levantando a mirarlo:

—¿A qué mesa llevo los tragos, señor Boissieu?

—A la del fondo, por favor. *Mademoiselle* —dijo luego a la mesera quien continuaba a su lado—, vaya tras ella e indíquele cómo hacerlo. En el momento ella asintió. ¡No, espere! —exclamó, haciendo que se detenga—. Déjelo así, ella no habla francés.

Luego de atender con agilidad algunas mesas a pesar de no hablar el idioma, Dana se acercó al mostrador en donde Armand atendía a una pareja que se encontraba allí sentada y le pidió por una cerveza.

—No puedo ofrecértela en horas de trabajo —respondió dirigiéndola una mirada fugaz—, discúlpame.

—Está bien, tomaré un poco de agua helada. ¿Falta mucho para cerrar este lugar?

Armand la observó asombrado; hacía apenas tres horas de que ella llegó, pero indiscutiblemente lucía cansada.

—Hoy cerraré antes de la medianoche. Mira aquella mesa —dijo apuntándola con el dedo—, la del fondo. Debes limpiarla. —Enseguida notó el esfuerzo que Dana hizo al

tomar de vuelta a la fuente e ir hacia allá. Recogió rápidamente las copas, platos, servilletas que estaban regadas por todo el tablero, cubiertos y vasos y colocó todo en la fuente. La dejó de lado, sacó un paño húmedo y la botella de desinfectante en spray del bolsillo de su delantal y se dispuso a limpiar el tablero de la mesa. Tomó la bandeja y regresó a la cocina.

—Lavé y sequé todo lo que había —le dijo al salir—. Si no hay problema contigo, desearía retirarme a descansar. Estoy muy cansada.

—Está bien, ve tú sola que yo cerraré más tarde. Y gracias por tu ayuda.

Dana asintió apenas y sonriendo, se dio media vuelta y salió.



A la mañana siguiente, Dana se levantó antes de las seis y bajó a la cocina para cumplir con su labor de ayudante de Antoine; pero, para su sorpresa, él no se encontraba ahí, al contrario, estaba Armand. Dio un largo y profundo respiro y se encaminó hacia la mesa de trabajo en donde él, concentrado, algo preparaba.

—Buenos días.

—Buenos días, Dana —contestó sin levantarla a mirar mientras amasaba una bola grande de harina, agua y sal.

—Yo...

—Si, Antoine me informó que ayer estuviste con él aquí ayudándolo. Hoy tuvo que irse a Lyon y volverá hasta la tarde. ¿Has hecho pan alguna vez?

—No.

—Acércate, te enseñaré cómo hacerlo para que luego lo prepares tú, pero te recomiendo estar aquí a las cinco de la mañana para que así esté listo antes de las siete.

Dana se quedó mirándolo con gesto de: “¿Y este? ¿Qué se la trae conmigo?”.

—Iré a cortar la fruta y prepararé el café; sé como hacerlo —dijo sin prestarle más atención, se volteó y fue hasta el refrigerador.

—Dana —de pronto, dijo él—, gracias por tu ayuda de estos días en la estancia, así como también anoche en la taberna. Sé que en dos días regresarás a Paris. Supongo que enseguida volverás a Estados Unidos.

—Así es, el vuelo sale el martes. Listo, voy a chequear si ha bajado algún huésped.

—¿Podrías acomodar las mesas?, por favor.

—Claro que sí. —Dana fue hasta el estante de los platos, tomó algunos de ellos y, mientras se adelantaba al comedor, Armand se inclinó a recoger el paño que en ese momento cayó al piso y, en cuanto elevó la espalda, sus ojos quedaron fijos al vaivén del contoneo de sus caderas.



En la noche, Dana volvió a ir a la taberna junto con Armand. Para su asombro, miró que su ayudante no se daba abasto con la gente; el bar se encontraba a reventar. Se ató el delantal a la cintura e inmediatamente se dispuso a atender a los clientes quienes ya se mostraban impacientes. Trabajó de prisa y sin descanso yendo y viniendo con bandejas atiborradas de enormes jarras de cerveza y botellas de vino desde un extremo hacia el otro. Hasta que al fin, a primeras horas del amanecer, Armand cerró el negocio.



En cuanto llegaron al hostal, Dana, sin poder dar ni un paso más, cayó rendida sobre el diván del recibidor.

—Ha sido una noche difícil —comentó Armand—. Te serviré una copa de vino.

—Gracias, ¡sí que la necesito! —Descalzó sus zapatos y subió los pies al sofá. Armand llenó dos copas y, trayendo consigo la botella en la otra mano, se acercó a donde ella, le entregó una de las copas y luego fue a sentarse en la butaca del frente.

—A pesar —dijo él—, y en cierto modo del trabajo que conlleva la vida en el campo, insisto que no hay comparación con la ciudad, aquí se lleva una vida relajada.

—Es muy cierto lo que dices, pero yo no podría. —Luego de darle un sorbo a su vino, Dana entreabrió los labios y se limpió con el dedo pulgar un extremo de su boca—. Amo la vida de la ciudad —comentó, en tanto que, Armand la observó atento.

—Es la primera vez que escucho algo así y viniendo de labios de una escritora.

Dana echó a reír.

—¡Qué dices! Es mi sueño, pero aún no soy una escritora.

—Ah, ¿no? Entonces... —observó mientras le ofrecía más vino y ella respondió que no—, lo que me dijiste ese día —prosiguió, rellenando a su copa—, ¿no fue verdad?

—No, claro que no, ¡por supuesto que escribo! Por ahora lo que estoy es tratando de escalar un lugar en una buena editorial.

Armand sonrió.

—Escalando un lugar en una buena editorial... ¡Qué interesante!

—Es lo que me gusta hacer, escribir... pero, claro, soy principiante. ¿Sabes?, antes de venir aquí hice algo que quizá me cueste el puesto en donde trabajo. —Dana exhaló, mordiéndose luego un extremo de su labio inferior—. El motivo de este viaje fue para conocer el lugar en donde desarrollé mi obra. ¿Quieres saber el nombre que le di? —Armand asintió con la cabeza—. “Bajo el sol de la Provenza y entre campos de lavanda”. Por esa razón deseaba ir a Les Baux.

—Me agrada el nombre que le diste... Realmente suena muy interesante.

Dana apenas y sonrió y bajó la mirada a su mano que sujetaba de su copa.

—¿Por qué eres tan reservado? —indagó luego de darle un sorbo a su vino—. ¿Tan renuente con las mujeres?

Armand se quedó mirándola.

—No deseo hablar de eso, por favor, no es mi interés hacerlo.

—Está bien... —Dana exhaló—. Disculpa.

—Es mejor ir a descansar —indicó Armand, levantándose.

—Tienes razón —contestó ella levantándose también—. Ha sido una larga y agotadora jornada. Que tengas una buena noche.

Armand asintió; en tanto que, de pie, junto a la chimenea, se quedó observándola mientras Dana subía por las escaleras.



Al día siguiente, en la noche, su última noche en Les Rousses, Dana, después de ayudar a Antoine con la cena, fue a la taberna con Armand.

Quizá por ser lunes, no hubo mayor trabajo; unos cuantos comensales y una que otra mesa ocupada. Luego de que se fuera el último cliente, faltando diez minutos para la medianoche, Armand despidió a la joven mesera, cerró caja, aseguró con candado la puerta del bar y enseguida se encaminaron al parqueadero. Abrió la puerta del pasajero e hizo que Dana embarque y, él, dando vuelta por delante del auto, abrió su puerta y embarcó también. Encendió el motor y, tomando la ruta que siempre solía usar para llegar a la estancia, condujo despacio, mientras, insólitamente, conversaban entretenidos.

—Siento mucho por todos los inconvenientes que has tenido que pasar en este lugar, Dana —observó con su mirada

fija en la carretera.

Dana se distrajo mirando por la ventanilla el centelleo que encendía el cielo con matices de un rojo vivo y gris.

—Es muy gentil de tu parte que al fin lo reconozcas — respondió con una suave sonrisa volviéndose hacia él.

Entretanto, luego de dar un rápido chequeo por el espejo del costado, él también sonrió.

—Mañana, cuando estés en Paris, esto será tan solo un mal sueño para ti.

Dana exhaló y, alerta del cielo que amenazaba con desatarse una fuerte tormenta, asintió.

—No debería llamarte la atención —comentó enseguida él, notando su inquietud—. En estas tierras ya estamos habituados a... —de pronto, se quedó en silencio e inmediatamente bajó la mirada al tablero del auto.

—¿Ocurre algo? —preguntó Dana.

—No lo sé. Tal parece... *Oh mon Dieu!* —protestó con el ceño fruncido.

—¿Qué ocurre? —Dana se inquietó aún más cuando Armand dirigió el auto que, deteniéndose y arrancando de golpe, lo guió con dificultad hacia la orilla de la vía—. ¿Nos quedaremos varados en este lugar? ¡haz algo, por favor, la tormenta está a punto de precipitarse sobre nosotros!

—Cálmate. Conozco cómo se comporta el clima y aún no ocurrirá nada. Ahora necesito que me ayudes.

—¿Qué debo hacer? —apuró aterrada—, ¡dímelo enseguida!

Armand, sin responderla, abrió la puerta y salió del auto.

—¿Qué harás? —insistió ella.

—Chequearé el motor. Colócate al volante y cuando te diga acelera.

Dana levantó una pierna y de un brinco, pasando la otra, se colocó en el asiento del conductor.

—¡Acelera! —gritó Armand—. ¡Detente! ¡Ahora acelera otra vez! ¡Basta, detente! —Bajó el capó y, negando con la cabeza, regresó junto a Dana—. No hay manera. Por favor —dijo inclinándose hacia la ventanilla—, abre el gavetero y alcánzame una franela que la tengo ahí. Vamos a esperar un momento porque esta cosa se recalentó, luego yo lo empujaré y tú tratarás de encenderlo.

—¿Esperar...? ¿Cuánto tiempo? ¿No te has dado cuenta de que ya está lloviendo? ¡Pronto se desatará una terrible tormenta!

—No exageres, apenas y cae una llovizna. Será cuestión de diez o quince minutos.

—¡Solo esto me faltaba! —replicó Dana, mirando furiosa por la ventanilla.

Pasaron los quince minutos que supuestamente Armand sugirió esperar para tratar nuevamente de encender el auto. Hizo que Dana se instale al volante y, él, con la portezuela semiabierta, se dispuso a empujar el coche, al tiempo que, sobre su cabeza, rápidamente se precipitaron gotas de agua lo bastante grandes, resbalando enseguida por su cuello y espalda y empapando su camiseta; pero, por más que trató empujándolo varios metros bajo la lluvia, el auto no encendió. Desistió y lo rodó hasta un costado de la vía.

—¡No sé qué más podría hacer! —Preocupado, le pidió a Dana que se cambie al asiento contiguo.

—¿Cómo que no sabes qué hacer? —replicó fulminándolo mientras se acomodaba—. ¿Te das cuenta de en dónde estamos...? ¡En medio de la nada! ¡Son las tres de la mañana y debo tomar el tren a Paris a las seis y treinta!

—¡Lo sé, estoy tratando de solucionar esto!

—¡Pero haz algo ya! ¿Y tu móvil? ¡Llama al seguro para que lo vengán a recoger!

—No puedo hacerlo. —Exhaló y, respirando profundo, bajó la cabeza.

—¿Cómo que no puedes hacerlo? —contradijo gesticulando con las manos, girándose hacia él.

—¡Te estoy diciendo que no puedo! ¿No lo entiendes? Tengo el móvil descargado... además, tú tampoco tienes siquiera un celular... No tenemos otra opción que esperar a que amanezca, alguien aparecerá que nos lleve hasta la estancia.

—No. —Furiosa, Dana movió de lado a lado la cabeza—. ¿Crees que voy a quedarme así, sin más, cruzada de brazos esperando por el buen samaritano que nos socorra? ¡Eres un irresponsable! ¡Debiste chequear el auto antes de salir! ¡Nadie sale de casa sin antes fijarse!

—¡Por favor, Dana, estoy muy preocupado por ti! No me agobies más con tus reclamos de mujer histérica... *Bavard comme une pie!*

—¿Ahora me vienes a decir que soy una histérica? Definitivamente —le gritó con un aspaviento de manos—, ¡eres el hombre más intolerable, grosero y patán que he conocido!

—¡Llámame como quieras, tú no conoces nada sobre mí!

—¡Ni tampoco me interesa conocer nada de un hombre como tú! ¡No seguiré esperando más o perderé mi tren! —replicó abriendo la puerta y salió.

—¿Adónde crees que vas? —le gritó y, abriendo bruscamente su portezuela, él también salió—. ¿Piensas que llegarás caminando? ¡Por el amor de Dios, está lloviendo más fuerte! ¡Son demasiados kilómetros!

—¡Déjame en paz! —gritó también y continuó, entre tropiezos, avanzando bajo la lluvia que enérgicamente se empecinó sobre ella.

Armand corrió detrás de ella y, tomándola con fuerza por el brazo, la hizo dar vuelta.

—¡No puedes hacerlo! ¡Entiende! ¡Son más de veinte kilómetros! Ven conmigo. Llegarás a tiempo a la estación, créeme.

—¡Tengo que estar en París hoy mismo! —suplicó alzándolo a mirar desesperada—. El vuelo sale a las cinco.

—Ven —insistió pasándole el brazo alrededor de su cintura—, llegaremos a tiempo. —Y, apresurados, evitando empaparse más de lo que ya se encontraban, corrieron al auto —. Cúbrete con esto. —Sobre sus hombros, Armand le colocó un abrigo corto que lo cogió del asiento trasero.

—Gracias, pero vas a enfermar. —Dana temblaba con su camiseta y pantalón mojados—. Estás también empapado.

—Estoy acostumbrado. —Temblando, encendió la calefacción—. Estoy seguro de que de aquí a pocos minutos alguien aparecerá por la carretera... Es la hora que salen a ordeñar a las vacas o entregar la leche.

—¡Esperemos que así sea! No quiero ni imaginar perder el tren, mi vuelo y tener que permanecer por más tiempo en este lugar —respondió con un hilo de voz. Bajó la cabeza y en medio de un suave suspiro se limpió los ojos. Al levantar la mirada se encontró con sus hermosos e hipnotizantes ojos negros, los cuales la contemplaban en silencio.



Tal y como Armand se lo aseguró, para alrededor de las cinco y treinta al fin divisó aproximarse un auto a lo lejos.

—Estamos con suerte. Mira... —indicó haciendo que Dana levante su cabeza que la tenía recostada contra la ventanilla—, de seguro y nos auxiliarán.

Dana, alzándola de inmediato, no lo pensó dos veces y bajó del auto. Se paró a un costado y, haciendo señas al vehículo que venía en dirección contraria a la de ellos, hizo que se detenga. Al momento, Armand ya se encontraba junto a ella, se acercó a la ventanilla y, en francés, explicándole de seguro al conductor que se encontraban varados; un campesino quien, en efecto, llevaba tres toneles llenos para la entrega en la cajuela de su camioneta. El hombre enseguida asintió y, esbozando una amplia sonrisa, le hizo una señal, indicándole a Dana que podía embarcar. Emocionada, dio un pequeño brinco y, dando de inmediato vuelta a la camioneta, se colocó junto a

él, mientras esperaban que Armand cierre su Renault y embarque también.



Una vez en la estancia, Dana, dándole las gracias al chofer, bajó de la camioneta y, corriendo entró en la casona. Subió a toda prisa por las escaleras, entró en la habitación, abrió de una en una las gavetas del mueble y, desesperada cogió sus pocas pertenencias y las guardó dentro de la mochila. Agarró sus jeans limpios y, en carreras, retirándose los de Bernadette, los dejó sobre la cama y vistió los suyos, se colocó la mochila al hombro y acomodándose el cabello mientras descendía por las escaleras, fue al recibidor en donde saludó con Antoine, quien ya se encontraba levantado y conversaba con Armand.

—Te llevaré hasta la estación en el auto de Antoine —dijo este enseguida—. Vamos de una vez.

—Gracias por todo, Antoine. Me encantó conocerte —se despidió de él estrechándole un abrazo.

—Digo lo mismo. Suerte, Dana y apresúrense que de otro modo no alcanzarán a tomar el tren.



Llegaron a la estación faltando apenas tres minutos para las seis y treinta. Enseguida que Armand estacionó el auto, bajó a toda prisa, dio vuelta por el frente del Fiat rojo de Antoine y, abriendo la puerta del pasajero, hizo que desembarque, la tomó de la mano y corrieron hacia el tren; el cual pitaba, dando el último aviso.

—Gracias por traerme hasta aquí. Adiós —dijo ella, casi sin aliento, despidiéndose de él al pie de las escalinatas del vagón, el cual se disponía a cerrar sus puertas y salir—. Se dio media vuelta, subió los tres peldaños que faltaban y luego de entregar su pase al conductor, estas se cerraron y el tren empezó a rodar.

—*Au revoir!* —murmuró Armand, mirando, pensativo, la silueta de Dana perderse por el pasillo, mientras el tren lentamente avanzaba.

“*Bonne nuit*”: (Buenas noches)

“*Mon Dieu!*”. (¡Madre de Dios!)

“*Oh mon Dieu!*”: (¡Oh, Dios!)

“*Bavard comme une pie!*”: (Habla como una cotorra)

“*Au revoir!*”: (Adiós)

Capítulo 6

Luego de seis largas horas de viaje, al fin Dana llegó a París. Caminó unos pocos metros hasta la estación del autobús, tomó el que la dejaría cerca de su destino y se dirigió al hotel, en donde sus amigas de seguro y ya se encontrarían desde hace uno o dos días atrás.

Caminó por largo tiempo: quizá treinta o treinta y cinco minutos con su mochila a la espalda y el rostro humedecido por el agobiante calor de mediodía; pero, a pesar de su agotamiento, Dana se sentía feliz. Disfrutó de la congestión, del ruido estridente de las bocinas y hasta de los intensos rayos de Sol que sin piedad azotaban sus mejillas al verse de nuevo en medio de la gran ciudad.

Tan pronto y se abrieron las puertas del hotel, suspiró relajada al sentir chocar consigo ese aire frío y fresco. Inhaló profundo y se encaminó al mostrador de la recepción para averiguar en qué habitaciones se encontraban sus dos amigas. Luego de que la recepcionista le dio información, fue hacia el elevador, pulsó el séptimo piso y esperó. Transcurridos unos cuantos segundos volvió a abrirse la puerta, salió y se encaminó por el pasillo hasta el número de la habitación y golpeó:

—¡Dana! —exaltada exclamó Abby al abrirla—. ¡Hasta que al fin llegas!

A pesar del sinfín de inconvenientes por los que tuvo que atravesar y de los cuales sus amigas no tenían ni la mínima idea, Dana, dando un largo respiro, entró sonriente.

—¡Tal como nos lo suponíamos! —apareció Ebony diciendo por el balcón—. Nuestra querida amiga se nos perdió a propósito. ¿Cómo estuvo tu escapadita? Al menos llegaste a tiempo para tomar el vuelo.

—Ustedes dos no tienen ni idea de todo lo que he pasado —les contestó retirándose pacientemente la mochila de su espalda y lanzándola al pie de la cama; ella luego cayó rendida sobre los almohadones—. ¡Qué días he tenido!

—Vamos, cuéntanos —repuso satíricamente su amiga Ebony—. Conociste a un francés guapísimo... Alto, de profundos ojos azules y sonrisa de seductor y tuviste con él los mejores días de tu vida disfrutando en un elegante chalet al pie de las montañas, rodeada de flores y esa vegetación maravillosa. Estoy en lo cierto, ¿verdad?

Dana echó a reír.

—¡Oh, sí! ¡Qué mente brillante! —respondió mientras encendía su móvil, buscando por los recurrentes mensajes de voz de Lorenzo, aparte del sinfín de llamadas perdidas que de seguro tendría de él—. Según ustedes imaginan de todo sin tomar en cuenta de que tengo un novio quien espera por mí en Boston y a quien yo amo... bueno, eso creo.

—¡Por favor, Dana, tú bien sabes de que no es así! Lorenzo y tú únicamente salen, se divierten, comparten una que otra noche. Más allá de eso... ¡Nada, mi querida amiga!

—Te aseguro que muy pronto... ¡cuando menos se lo imaginen estaré luciendo un hermoso anillo y con un gran, pero gran diamante en mi dedo! —Dana soltó una risotada.

—Llevas más de un año con él y hasta el momento no te ha propuesto en matrimonio.

—Nosotros somos el uno para el otro. ¡Sé que un día cercano lo hará! —Abby la observó de tal manera que, fue obvia su reacción... no dio crédito a tan innegable aseveración por parte de su amiga. En tanto que, al Dana mirar que, en efecto, en su teléfono había unas cuantas llamadas perdidas de él; no las que ella hubiese deseado, además de uno que otro mensaje de voz, esbozó una leve sonrisa.

—No hablemos de eso ahora, ¡porque no viene al caso! —interrumpió Ebony—. Queremos que nos cuentes cómo fueron esos días con ese hombre que de seguro conociste. ¿De otra manera no te hubieses quedado hasta el día de hoy en sabrá Dios dónde y haciendo sabrá Dios qué? Vamos, que estamos ansiosas por saberlo.

—Efectivamente... —Dana dejó su móvil de lado y, mientras se acomodaba contra el espaldar de la cama, empezó

a relatarles:

—Conocí a un francés muy guapo... ¡Demasiado diría yo! Alto, fuerte, de hermosos y profundos ojos negros y labios perfectos y la sonrisa más seductora que jamás haya visto. Pero... —discutió mirándolas y calló.

—Pero ¿qué? —preguntaron ambas al unísono.

—¡Pero es el hombre más insoportable, insolente, odioso, engreído, recio, descortés y todo cuanto calificativo desagradable exista! ¡Y no quiero que me pregunten nada más referente a él! ¡Por culpa de ustedes al irse y dejarme abandonada en ese pueblo sin importarles qué sería de mí, tuve que vivir los días más amargos de mi vida junto a ese pendejo!

—¿Qué, qué? ¿Hablas en serio?

—¿Creen que bromeo? ¡Cómo se les ocurrió marcharse así sin más y dejarme sola, sin pasaporte, sin dinero ni celular!

—¿Cómo que estabas sin dinero? —cuestionó Ebony al momento—. Llevabas contigo la tarjeta.

—Sí, la llevaba. Pero cuando traté de sacar dinero del cajero me fue negado. Insistí e insistí desesperada, pero el banco me la bloqueó por seguridad. Cuando regresé al lugar en donde las dejé, ustedes ya no se encontraban allí, entonces las busqué por todos lados y viendo que no había rastro alguno corrí cuanto antes a la estación... —Calló y exhaló con fuerza—. En ese maldito momento vi como el tren se alejaba. ¡Y yo tan solo con mi mochila y unos cuantos euros al bolsillo! ¡Mierda! —renegó de pronto—. ¡Olvidé mi cámara fotográfica en la granja! ¡Cómo pude olvidarla en el gavetero de la mesita de noche!

—Granja, ¿dices? —Abby frunció el ceño sin entender por qué su amiga tuvo que quedarse en un sitio como ese—. ¿En qué lugar estuviste?

—Ay, amiga... —al momento comentó Ebony, quien enseguida dejó de lado a la botella de agua que sujetaba y fue a su lado—, cuéntanos todo. Y nosotras pensando que quisiste tener un tiempo a solas con alguien que conociste en Les Rousses.

—¿De veras? ¡Qué poco me conocen! No pueden ni imaginar por todos los contratiempos que tuve que pasar; empezando cuando ese bendito cajero no me dio el dinero, luego, por la desesperación... ¡Ni yo misma me entiendo por qué caminé por horas siguiendo las líneas del tren y me perdí! —renegó negando con la cabeza—. Me cogió la tormenta, corrí, me tropecé, caí y me enlodé y así llegué a esa granja. Y yo, feliz al ver a ese hombre pensé, según mi estúpido parecer, que al fin encontré un lugar tranquilo en dónde descansar y pasar la noche hasta al día siguiente resolver qué haría; pero, en cuanto lo llamé y él se dio vuelta, pude ver de inmediato la arrogancia y la frialdad en su mirada... ¡Fui una estúpida y mil veces estúpida por haber aceptado quedarme allí!

—Y ¿entonces?, ¿qué sucedió luego y de ahí hasta el día de hoy?

Dana se levantó y, refunfuñando, avanzó hasta el mini refrigerador, abrió la puerta, cogió una lata pequeña de cerveza y se volteó.

—Todo el maldito tiempo dedicó a humillarme —protestó mirándolas a ambas—, porque según él, debía compensar por mis gastos en su hostel. Bueno, tampoco era mi intención permanecer allí de gratis. Obviamente, llegando a Boston le cancelaré por todo. ¡Y así lo haré...! —replicó acercándose—. ¡Y hasta el último centavo a ese descortés y presuntuoso! ¿Pueden imaginar que me obligó a ordeñar vacas?

—¿Qué te tuvo ordeñando vacas? —replicaron ambas—. ¡Por el amor de Dios! ¡En qué lugar fuiste a terminar y qué bajo caíste, amiga! —comentó Abby y soltó una risotada.

—¡Pero ya está! —Dana fue al closet, cogió su valija y la hizo rodar hasta la cama, la dejó de lado y, abriendo las gavetas del armario empezó a sacar todo lo que allí había—. Vamos a dejar eso ahí, no me interesa hablar más sobre el tema. Tan pronto y lleguemos a Boston haré una transferencia a su nombre. ¡Ay, pero qué idiota soy! —renegó lanzando unas cuantas prendas dentro de la valija—. Se me olvidó tomar nota de la dirección... ¡Ni siquiera sé sus nombres completos! —protestó; en tanto que, sus dos amigas, tan solo la escuchaban atentas siguiendo cada movimiento que ella hacía.

—¿Y cómo pretendes entonces hacerle llegar el dinero? —
Abby echó a reír.

—Lo mismo opino yo... —coincidió Ebony.

Dana frunció el ceño.

—¡Suerte la mía...! Pero algo se me ha de ocurrir.

—¡Sí así lo crees...! Por hoy démonos prisa o terminaremos igual que tú si perdemos el vuelo: abandonadas en París.

—¡Ni pensarlo! Vamos de una buena vez que nos queda poco tiempo hasta llegar al aeropuerto.

Capítulo 7

Aquella mañana se presentó cálida y húmeda. Dana desayunó algo ligero, recogió su maletín que ya se encontraba listo sobre la mesita alargada del recibidor y bajó en carreras los escalones para luego embarcarse en su auto e ir a la editorial después de haberse tomado casi dos semanas de ocio.

Al llegar, todo acontecía de la misma manera como todos los días: los escritorios ocupados por el personal, el asistente que apresurado se dirigía por el pasillo llevando consigo alguna carpeta hacia la oficina del presidente, el chico de la fotocopidora abarrotado de trabajo y los supervisores que deambulaban de un extremo al otro por la editorial, observando el óptimo desempeño de los empleados con una taza de café en la mano. Dana avanzó dando un rápido saludo con quienes al momento que escucharon el repiqueteo de sus tacones levantaron la mirada del ordenador y fue hasta su escritorio. Eric, su compañero de trabajo, enseguida que Dana tomó asiento junto a él, estiró su mano ofreciéndole un vaso de cartón con su café preferido: un late con crema de avellanas del Starbucks que acertadamente se encontraba cruzando la esquina de la editorial.

—¡Hasta que al fin estás de regreso, Dana!

—¡Gracias, no imaginas lo bien que me sienta esto! ¿Cómo supiste que hoy retornaría al trabajo?

—Charlize...

—Charlize... ¡Oh! ¡Ni me la nombres! ¡Estoy aterrada! Por cierto, ¿aún no ha salido de su oficina?

—No, pero pronto lo hará. Está al tanto de que hoy retornas a tus labores, así que tan solo espera unos cuantos minutos y la verás salir. ¿Valió la pena ir a Francia?

—¿Valer la pena? ¡Ni te imaginas por todo lo que tuve que pasar! En el receso te contaré con todo lujo de detalles. Y ahora te recomiendo que nos pongamos a trabajar porque no deseo tener ninguna clase de reprimenda en mi primer día de trabajo... —Hizo ademán de queja y exhaló con fuerza—. ¡Y

luego de haber disfrutado de tal manera mis dos semanas de vacaciones!

—Perfecto. Te invito a almorzar y me lo cuentas todo.

Dana resopló, moviendo de lado a lado la cabeza.

—¡Claro que sí! —Hasta que, se escuchó el crujir de la puerta que a propósito se encontraba frente a ella abrirse e inmediatamente miró aquella silueta alta y delgada, muy delgada, de Charlize: su jefe y presidente de la editorial, quien se dirigía hacia donde ella con ese caminar esbelto y altivo luciendo sus típicos trajes entallados de falda y chaqueta; en esa ocasión lo llevaba en un atractivo rojo oscuro, el cual hacía perfecta similitud con su cabellera recogida en un elegante moño a la altura de la nuca.

—Buenos días, Dana —saludó con ella sonriente—. Me alegra que estés nuevamente con nosotros y te reintegres al trabajo.

Dana le devolvió una aparente sonrisa levantándola a mirar: una combinación de agradecimiento y angustia; obviamente, la incertidumbre de si Charlize descubrió o no su incumplimiento a las reglas de la editorial por inscribir su obra en el concurso y que astutamente prefirió no tocar el tema esperando que fuese ella misma quien lo confesase, la mantuvo al borde de un colapso nervioso.

—Buenos días, señora Moore. Eh... —tartamudeó—, estoy contenta de encontrarme aquí otra vez. —Dana enseguida desvió la mirada a las manos de Charlize; unas manos largas y blancas colmadas de anillos que llamaron su atención por las exageradas piedras preciosas que ostentaba.

—Me parece perfecto. ¿Disfrutaste de la hermosa Paris y del sur de Francia?

Dana asintió con una leve y nerviosa sonrisa; algo forzada.

—Bueno... —prosiguió Charlize, colocando una carpeta cerrada sobre el escritorio de Dana—, necesito que des una revisión a esta propuesta, corrija cualquier error que tenga y me la entregues lo más pronto. A más tardar la quiero mañana por la mañana en mi oficina.

—Pierda cuidado. A primera hora la tendrá sobre su escritorio.

Charlize asintió y, sin más que decir, dándose media vuelta se encaminó hacia su oficina.

—¡Madre de Dios! —Dana soltó en un largo gemido de alivio toda la angustia que la contuvo aprisionada mientras la escuchaba—. ¡Eric, tuve tanto miedo de lo que fuera a decirme! Te juro que di por hecho de que lo que traía en esa carpeta era el manuscrito de mi novela.

Eric, quien se mantuvo paralizado con el vaso de café en una de sus manos mientras Charlize hablaba, terminó, tan pronto y ella se dio media vuelta, de un solo sorbo con el resto de su café.

—¡Pensé que traía tu despido, amiga loca!

—Llámame como quieras, pero te aseguro que si ello llegase a suceder, lo aceptaré con la cabeza en alto porque se trata de un sueño; mi sueño de ganar el concurso y ser reconocida como una escritora.

—Tú lo has dicho, Dana, un sueño. Pero son los reglamentos. Estás arriesgando tu puesto aquí.

—Lo admito y asumo las consecuencias. Y si la suerte va de mi mano y soy seleccionada, pelearé por mi posición y por mis derechos.

Eric exhaló profundo, moviendo de lado a lado su cabeza.

—Tú sabes que a pesar de las locuras en las que te metes y aunque me tengas a diario con el Jesús en la boca, te apoyo y te apoyaré en todas tus decisiones... Así me cueste también el puesto.

Dana se abalanzó a abrazarlo.

—¡Por eso te adoro! Lo sabes, ¿verdad?

Eric era el arquetipo del muchacho, en cierto modo desaventajado físicamente; pero con un gran corazón y sentimientos de oro, lo cual lo enaltecía. Era su amigo incondicional.



—Hola...

—Pasaré por ti en la noche, ¿te parece, querida?

—Me sentará de maravilla verte.

—Lo sé. Entonces te recogeré a las ocho. Te veo pronto.

—Lorenzo... —Dana interrumpió antes de que él cortase la llamada—, ¿a qué lugar iremos?

—Es una sorpresa, cariño. Y ahora debo dejarte porque espera por mí un cliente. Te amo.



Lorenzo Bertucci, reconocido abogado de treinta y siete años: alto, elegante, varonil, de tez blanca y ojos alargados en un particular color miel al igual que su cabello, ejercía su profesión en el Estado de Massachussets. Su padre, de origen italiano, Doctor de renombre en leyes, lo involucró desde pequeño en esa profesión ya que representaba una trascendencia familiar; y su madre, nacida en el Estado de Pensilvania y de padres norteamericanos, poseía una clínica privada en el centro de Boston para pacientes con problemas psicológicos. Lorenzo, quien mantuvo una relación amorosa con Dana desde hacía un año atrás, a dicha relación la llevaba de forma casual.



Una vez de regreso en su apartamento y antes de que Dana se reuniese con Lorenzo, encendió su ordenador e indagó en la manera más conveniente para hacerle llegar el dinero a Armand a Francia. El problema, a pesar de que ella hizo el envío sin inconveniente, radicó en que no se lo pudo dar a conocer tal y como se lo había asegurado; por lo cual, su

palabra de cancelarle hasta el último centavo quedaría en tela de duda.

Decidió no inquietarse más y fue a buscar que vistiera esa noche para su cita con Lorenzo después del tiempo que no se veían.



Lorenzo era un hombre puntual, el hecho de ejercer la profesión en leyes lo formó como una persona disciplinada y metódica; pero, asimismo, era un hombre calculador y ambicioso.



—¡Qué lugar hermoso...! ¡Exquisito! —exclamó Dana, contemplando maravillada la fineza del restaurante que Lorenzo escogió para ir a cenar, tan pronto y se acomodó en la silla que amablemente el camarero hizo de lado para que ella tomase asiento—. ¿A qué se debe el motivo? —preguntó volviendo luego la mirada hacia él. Dedujo que, infaliblemente, escogió ese lugar perfecto para hacerle esa noche la propuesta de matrimonio que tanto ansiaba desde hacía tiempo atrás—. ¿Celebramos algo?

Lorenzo sonrió con su habitual y despreocupado estilo.

—Sí, querida... ¡Algo muy importante!

—¡Oh, cariño! ¡Dímelo de una vez! —le respondió tan emocionada que, sin darse cuenta, empezó inquieta a acomodarse el pliegue de su vestido.

Cuando el camarero se acercó a la mesa, Lorenzo ordenó una botella de la mejor champaña de la casa; por lo que, Dana de inmediato tuvo la certeza de que él sacaría del bolsillo de su chaqueta un hermoso anillo de compromiso, tal y como les aseguró a sus dos amigas y que al fin escucharía lo que tanto deseaba oír de labios suyos. Ser la esposa de un hombre de renombre, con una trayectoria de trabajo íntegra y bien

apreciada como él preservaba, la haría una mujer codiciada; sobre todo, incursionaría sin inconveniente en el apreciado mundo de los escritores como era su anhelo.

—Dana, mi dulce, Dana...

—¿Sí...? —Sus latidos se aligeraron de tal manera que, tal pareciese que el corazón ya no le cabía en el pecho. *¡Dilo ya de una buena vez, cariño!*, repitió impaciente para sí.

—Nena —Lorenzo descorchó la botella y, mientras vertía un tanto de champaña en cada copa:

—¡Soy un hombre muy afortunado! —exclamó y levantó la suya—. ¡Brindemos! —Y, tras chocar con la de Dana, sus hermosos ojos azules, los cuales los mantuvo impacientes clavados en los de él y esa ávida sonrisa escondida, aguardaba ansiosa hasta por fin poder darle el sí—. Este último año —prosiguió tomándola de las manos—, al cual le he otorgado mi esfuerzo y dedicación. Bueno... —Lorenzo sonrió de tal manera que, no hubo duda de que algo lo tenía feliz—, te lo diré rápido. Querida... ¡Me trasladaré a Washington porque me ofrecieron la gran oportunidad de representar a uno de los departamentos de la Judicatura del Estado! ¡Puedes imaginártelo! ¡Desempeñaré mi función para tan noble institución!

—¡Ah..., ah...! ¿sí? —titubeó y, respirando profundo, bajó la mirada, fijándola en sus manos que temblaban sin poder continuar sujetando de la copa. Hizo un esfuerzo sobrenatural para que no se le notase la ira, la desilusión para con ella misma por ser tan inocua. Ascendió lentamente su mirada y, al encontrarse con los ojos de Lorenzo, los cuales la acechaban impacientes esperando su: “en hora buena”, volvió a respirar profundo y, esbozando una larga sonrisa forzada, asintió con gesto de: “felicitaciones”

—¿Tan solo un gesto? ¿No tienes nada más qué decir?, ¿Dana?

—¡Claro que sí! Discúlpame, Lorenzo, pero me tomó de sorpresa. Supongo que estarás feliz y satisfecho —replicó irónicamente y disimuló otra sonrisa—. ¿Cuándo te marcharás?

—Pronto, querida. De aquí a aproximadamente dos meses ya tendré que estar en Washington. —Lorenzo continuó alardeando de su excelente desempeño y de su oportuno y merecido nuevo cargo sin que ella tomara el mínimo interés; la cena que ordenaron aún no había sido servida y, Dana, con tal amargo sinsabor, tan solo deseaba levantarse de esa silla y salir de allí lo antes posible—. ¿Te encuentras bien, Dana?

—¿Eh...? Sí —respondió con el ceño fruncido y enseguida, cayendo en la cuenta de que su inconformidad fue advertida, se sobrepuso y tomó interés a la conversación—. Estoy bien, cariño, únicamente te repito que me tomó de sorpresa la noticia. Me enorgullecen tus logros.

—Lo sé, querida. Pero ten la seguridad de que esto no va a distanciarnos; al contrario —dijo acercándose y tomándola por el rostro—, nuestra relación se fortalecerá.

Oh, sí... ¡qué fácil te resulta decirlo!, pensó Dana, al tiempo que levantó una ceja.

—Tomo tu palabra... —le respondió a secas—, mas te soy sincera pero no es así de sencillo. Nosotros...

—Por favor, Dana... —interrumpió cuando el camarero se acercó a la mesa—. ¡Nada de melodramas y disfrutemos de la cena!



Dana regresó furiosa a su apartamento, entró lanzando detrás de ella la puerta y, balbuceando no sé qué cosas, se dispuso a ir a la cocina; cuando escuchó la voz chillona de Abby, quien se encontraba recostada en el sofá con su ordenador abierto sobre sus piernas:

—¿Qué sucedió?, ¿por qué tan enfadada?

—¿Sabes qué sucedió? —replicó dándose media vuelta y fue junto a su amiga—. Te juro que el ambiente que Lorenzo escogió esta noche fue el perfecto. Y claro... —renegó dejándose caer sentada junto a ella—. ¡Como siempre fui una tonta...! ¡Una estúpida más bien dicho! —Abby cerró al

momento su ordenador y, con gesto de: “¡te lo advertí!, ¡ya lo sabía!”, prestó, esbozando una leve y descomplicada sonrisa, atención a todas sus quejas—. Y yo —prosiguió Dana—, asegurando que celebraríamos nuestro compromiso, me sale con que se mudará a Washington.

—¿Lorenzo se mudará a Washington?

—¡Pues sí! —replicó, seguido de un resoplido—. ¿Puedes creer que trabajará para el gobierno?

—Bueno... —observó Abby entre risas—, por algo es un abogado de renombre.

—¿Y lo tomas con tanta gracia? ¡Tal parece por tu oportuna risita que te encantas con la idea de que se marche!

—¡En parte sí, por supuesto que sí! ¡Ya es tiempo de que te des cuenta de que él no quiere nada en serio contigo! No comprendo, la verdad, por qué has creado castillos en el aire con alguien así...

—¿Así cómo? Llevamos algo más de un año juntos. ¡Ya era tiempo de comprometernos! ¡Además, de que no es un niño!

—Hum... Créeme que Lorenzo jamás va a comprometerse ni contigo ni con nadie... Él no va por ese lado.

—¡Qué rabia tengo!

—Dana, no lo tomes personal. Tú no estás locamente enamorada de él... ¿O sí?

—¡Claro que lo estoy! De otra manera no me hubiese afectado tanto. Me siento ofendida, engañada, utilizada... ¡Ay, no sé! —protestó levantándose y fue hasta el refrigerador por una lata de cerveza.

—Trae una para mí también —gritó Abby desde el sofá.

—¿Y Ebony? —preguntó al tiempo que le entregó la lata—, ¿está de turno hoy?

—Sí, salió de casa antes de las nueve.

—Sabes... —dijo Dana luego de darle un largo sorbo a su cerveza—, me centraré en mi trabajo. —Abby la observó

atenta, levantando su ceja derecha en afirmación o... ¿susplicacia? —. ¡Y no me desafíes que bien conozco cuando enarcas así tu ceja! Créelo o no, pero no voy a dar más importancia a las decisiones de Lorenzo.

—¡Espero que así lo hagas! Llevas tiempo deseando escuchar una propuesta de matrimonio de labios de él... — Abby exhaló con fuerza—. No sé, pero pienso que vives obsesionada con convertirte en la señora Bertucci tan solo por ganar un escalón en tu vida como escritora y no comparto tu capricho... ¡Claro que no!

—No es capricho, Lorenzo me gusta ¡y mucho!

—Tú también de seguro le gustas, indudablemente... Pero él no piensa como ya te lo hemos venido diciendo, en comprometerse con nadie. Lorenzo es muy egoísta... ¡Y tú lo sabes!

Dana frunció una comisura de su boca.

—Sí... ¡Claro que sí! —exclamó, al tiempo que soltó una risotada y su amiga de igual manera lo hizo—. ¡Llegó el momento de dejarlo ir!

Capítulo 8

Lorenzo adelantó su viaje a Washington, había transcurrido un poco más de un mes y lo hizo por motivos que Dana desconocía.



Cuando Dana llegó a la Editorial, después de pasar el feriado del día de Acción de Gracias en casa de sus padres, quienes vivían en un pequeño pueblo de New Jersey, encontró un ambiente tenso por parte, sobre todo, de uno de los supervisores: el señor Wright, Luciano Wright; colaborador y mano derecha de Charlize. Quizá el señor Wright disimulaba perfectamente un ambicioso interés por escalar un cargo alto en la empresa; su conducta no era la adecuada y una minúscula parte del personal ya hablaba sobre esa posibilidad.

—Buenos días, Eric —saludó Dana con su amigo, mientras colgaba su cartera en el espaldar de la silla—. ¿Cómo estuvo tu feriado? ¿Fuiste a algún lugar?

—Pasé en casa, nos reunimos la familia y algunas amistades. Todo estuvo perfecto. Dana... —A Eric se lo notaba preocupado—, aquí algo no anda bien.

—¿Cómo dices?, ¿qué te hace pensar eso?

—Señorita, Evans...

Dana levantó la mirada, encontrándose enseguida con la del señor Wright, quien la observaba con cierta postura, denotando una seriedad inusual.

—Buenos días, señor Wright, ¿dígame?

—Acompáñeme a la oficina de la señora Moore, por favor, ella aguarda por usted.

—Por supuesto —contestó poniéndose enseguida en pie—. Eh... ¿sabe usted si hubo algún error en el trabajo del mes

pasado? —fue preguntándole mientras apresurada trotaba tras él.

—No tengo conocimiento sobre eso, señorita Evans —respondió cortante y, abriendo la puerta de la oficina de la gerencia, en donde, Charlize, sentada frente a su escritorio, con una pierna cruzada sobre la otra y ambas manos entrelazadas, la esperaba con indiscutible expresión de enojo revelada en su rostro—. Siga, por favor.

—Buenos días, señora Moore.

—Señorita Evans, Dana Evans... Acérquese hasta mi escritorio, por favor.

Dana se acercó nerviosa; presintió de que algo malo sucedía. Simultáneamente, mientras inquieta aguardaba de pie frente a ella, rodó la mirada a sus manos, las cuales, abriendo la gaveta de su escritorio, sacó una carpeta.

—¿Sabe usted lo que es esto? —cuestionó la señora Moore lanzándola sobre el escritorio.

Dana, inmóvil, se quedó sin habla.

—¿No me responde, señorita Evans?

—Sí..., yo... —titubeó sin atinar de qué manera hacerlo; pero luego, colocándose erguida respiró profundo y, tomando valor, le respondió:

—Lo que tiene frente suyo es el manuscrito de la novela que escribí, señora Moore.

Charlize, en el acto se puso en pie.

—¿Acaso no conoce las normas de la editorial, señorita Evans? —espetó gritándola, golpeando enérgicamente con las palmas de sus manos sobre el cristal del escritorio.

La tez de Dana empalideció.

—Discúlpeme, por favor, señora Moore, pero decidí, a pesar de los reglamentos, inscribir mi obra porque deseo tener una oportunidad... Es mi sueño ser una escritora famosa.

—Las normas son las normas, señorita Evans —interrumpió el señor Wright—, y usted ha incumplido con

ellas.

—Lo sé.

—Y si lo sabía, ¿por qué no tuvo la sensatez de retractarse? ¿Tiene idea a lo que esto conlleva?

Dana se quedó en silencio; entretanto, la señora Moore prosiguió:

—Lamento tener que informarle que está despedida, Dana.

—¡Por favor, señora Moore, no lo haga! Admito que incumplí con las reglas de la editorial; pero como ya se lo expliqué, arriesgué porque vi con aquello una oportunidad para un futuro como escritora. Usted está en su derecho de anular el manuscrito.

—Dana... —continuó Charlize, mirándola secamente—, lamentablemente no podemos pasar por encima de los reglamentos. Y, en efecto, tu manuscrito será descartado.

Dana terminó accediendo, bajó la mirada y, exhalando, la fijó en los tablones del piso.

—Entiendo, señora Moore —contestó alzándola a mirar—. Hoy mismo recogeré mis cosas y me marcharé.

○○○○○○

—Dana, ¿qué sucedió? —angustiado le preguntó Eric al verla salir de la oficina de Charlize y, depuesta, regresar a su escritorio.

—¡Todo acabó, amigo!

—Dana, ¡estás pálida! Acaso...

—Sí. —Dana exhaló con fuerza—. Charlize acaba de despedirme. Ahora solo resta recoger mis pertenencias y marcharme... ¡Ya nada se puede hacer!

—¡Oh, Dana! ¡Prométeme que estarás bien!

Dana asintió con una leve sonrisa.

—Claro que sí, pierde cuidado —Y, desanimada, abriendo de una en una las gavetas de su escritorio, fue sacando sus cosas. Entretanto, enseguida Eric fue a la bodega por un cartón.

—Tómalo —dijo entregandoselo—, así te será más fácil. Yo me encargaré de averiguar quién fue la o él encargado de hacerte este daño. ¡Déjalo en mis manos!

Dana posó con una suave sonrisa su mano sobre su hombro.

—Fue el riesgo que corrí, Eric. Gracias por preocuparte por mí, pero ya de nada servirá. Voy a estar bien, créelo. Buscaré trabajo en otra editorial o quizá me venga bien este tiempo forzado de descanso para escribir otra obra. —Dana echó a reír con su típica y divertida forma de hacerlo—. Bien, creo tener todo listo. Ahora iré a la oficina de la jefa a darle un gran abrazo de despedida —dijo con sátira y fue hasta allí.

—Pasé antes a despedirme y darle las gracias por todo, señora Moore. Que tenga un buen día, señor Wright —dijo dirigiéndole la mirada; él se encontraba sentado muy a gusto en una de las dos butacas; de frente a Charlize y junto al ventanal. Asintió, haciendo una ligera inclinación con su cabeza.

—Adiós, Dana y suerte contigo —le dijo Charlize Moore.

Dana salió de la oficina. Cuando regresó al que era su escritorio de trabajo, Eric y otros compañeros la esperaban para despedirla. Compartió uno que otro comentario con ellos y luego de eso se marchó.



Había transcurrido una semana desde que Dana fue despedida de la editorial y tras aplicar a varios lugares, entre ellos editoriales de renombre, debía esperar por una respuesta hasta ser aceptada.

Por otro lado, Charlize, asesorada por el señor Wright, quien mantuvo una relación amistosa tanto en el ámbito profesional

como en el personal con ella, la influenció para enviar de inmediato el comunicado a los encargados de la directiva, cancelando el manuscrito de Dana y retirándolo del concurso; como debía de ser, siguiendo los estrictos reglamentos de la editorial.

Tan pronto y en la editorial receptora, la cual se encontraba en la ciudad de Nueva York, se les informó acerca de la resolución tomada por parte de, “Red Moon Books”, solicitando la anulación inmediata de uno de los manuscritos, dándoles a conocer cuál y exponiéndoles las causas; ellos, a la vez, enviaron otro comunicado a la gerencia, destinado a Charlize Moore, Presidente de la editorial, negando el pedido, en vista de que ya se había efectuado un proceso de pre selección de todos los manuscritos, los cuales se encontraban en manos de los jueces competentes y al parecer, el de Dana Evans, se encontraba entre los seleccionados.



Eric, desde el día en que su amiga fue despedida de la editorial, pasó de ser asistente publicista, a agente investigador de la empresa sin levantar ni la menor sospecha, tanto de sus compañeros de trabajo como de los de la directiva; sobre todo, se centró en investigar a Luciano Wright, quien no presentaba transparencia ni confianza alguna.

Pero ¿por qué el afanoso interés del señor Wright en alentar a Charlize para descalificar a Dana del concurso y por consiguiente destituir la y despedirla de la editorial si ella usó seudónimo? Sencillo... Luciano Wright, ambicionaba la presidencia de la editorial, y para su hija, Elizabeth Wright, empleada problemática y deficiente, quien se desempeñaba en el departamento de ventas, el jugoso ascenso a asistente personal de la gerencia general, como era el caso de Dana, quien debidamente conservó dicha posición desde hacía un año y medio atrás.

Capítulo 9

—Hola Dana, soy Rachel, llamándote desde Red Moon Books. La señora Moore solicita de tu presencia en la oficina, de ser posible, para el día de mañana. Una buena tarde, adiós.

Luego de escuchar el mensaje que Rachel, la recepcionista de la editorial dejó a Dana en horas de la tarde, le causó sorpresa; había transcurrido dos semanas desde que ella salió de allí, lo cual la intrigó. *¿Requiere de mi presencia?*, se preguntó. *¡Qué extraño!*

Al día siguiente, despertó temprano, se dio una ducha rápida, se sirvió un poco del café que minutos atrás Abby lo había preparado y, mientras, apresurada se lo bebía, le comentó que debía de estar en la editorial y mejor hacerlo de una vez para saber cuál era el motivo. En un principio, Abby se mostró en desacuerdo, pero luego le dio la razón. Obviamente, Dana debía ir y saber qué era lo que con tanta urgencia Charlize necesitaba conversar con ella.



Al llegar, Dana se detuvo en el mostrador de la recepción, en tanto que, Rachel, luego de hacer la llamada pertinente a la oficina de la presidencia, le indicó que podía ir hasta allí; la señora Moore esperaba por ella. Asintió y al cruzar por el pasillo y pasar por el salón en donde se encontraban los que fueron sus compañeros de trabajo, saludó brevemente con ellos haciéndoles un ademán con la mano y continuó su camino hacia la oficina de su exjefe.

—Buenos días, señora Moore.

—Dana, buenos días. Ven, acércate y toma asiento —dijo amablemente; lo cual, en cierto modo le sorprendió. Charlize era una persona educada, pero Dana tenía claro que fue despedida por violar el reglamento interno y no se le hacía coherente encontrarse al poco tiempo frente a ella y más aún tratada con tanta amabilidad.

—Gracias, señora Moore —respondió un tanto nerviosa. Deseaba escuchar de labios suyos que había sido perdonada y que tendría otra oportunidad; lo cual sería su salvación, en vista de que todavía no encontraba empleo. Dio un hondo respiro y se sentó frente a ella—. La escucho.

—Dana, quiero antes felicitarte y decirte que esta resolución, otorgada por los jueces y enviada a nosotros, ha sido dignamente merecedora por tu excelente trabajo.

Dana gesticuló con sonrisa de incertidumbre.

—No..., no comprendo..., ¿qué trata de decir con eso?

—Toma —contestó entregándole el sobre alargado que tenía entre sus manos—. Ábrelo y descúbrelo por ti misma.

Dana, inquieta, se apresuró a abrirlo.

—¡Madre de Dios! —exclamó incrédula al tener frente a sus ojos el título de la obra ganadora; el cual recitaba: “*Bajo el Sol de la Provenza y entre campos de lavanda*”. ¿Es esto cierto? —preguntó alzándola a mirar.

Charlize asintió, esbozando una larga sonrisa.

—Sí, Dana. Eres la ganadora del concurso.

—Pe..., pero ¿no fui descartada?

Charlize respondió con un no.

—¿No lo comprendo? —Sus manos temblaban sujetando a la carta y en su rostro había una combinación de lágrimas y risas.

—Te explico, Dana. Antes de nosotros enviar el comunicado, tu novela ya había sido seleccionada entre las finalistas; por lo que, a los jueces no se les hizo oportuno anularla, menos aún descartarla del concurso, negando con ello la petición solicitada. El día de ayer, temprano en la mañana, recibí la carta con la resolución; esta, la que la tienes entre tus manos... Y eso no es todo.

Dana la escuchó atenta; entretanto, Charlize prosiguió:

—Hoy, a primera hora de la mañana, recibí una llamada de Nueva York, en donde se me informó que estás invitada por la

directiva francesa de la Editorial, AB. Books & Society, junto con una comitiva de esta editorial, a Francia; concretamente, a Les Baux-de-Provence, el pueblo en donde desarrollaste tu grandiosa obra y con la cual los jueces competentes quedaron fascinados. Vas a ser premiada allí. ¿Qué dices a esto?

—Señora Moore... —exclamó Dana, emocionada; una mezcla entre risa llorosa y nerviosa—. ¡Estoy sorprendida! ¡Encantada! No tengo palabras... ¡Todo esto me parece un sueño!

—Tengo que reconocerlo —agregó Charlize—, con esto enorgulleces y pones en alto a nuestra editorial. Yo me comunicaré contigo para darte a conocer el día que viajaremos a Francia —indicó descruzando las manos y se puso en pie—. Sé que será enseguida.

—Estaré esperando ansiosa su llamada. Gracias y hasta pronto, señora Moore.

—Que tengas un buen día, Dana.



Tan pronto y Dana cerró detrás de ella la puerta, no hizo falta correr hacia los escritorios de sus ex compañeros de trabajo para darles a conocer la “en hora buena”; ellos ya la esperaban agrupados a pocos metros de la oficina de Charlize.

—¡Todos están invitados a mi apartamento luego de la jornada! —les dijo haciendo referencia a la carta que, emocionada, sacudía en una de sus manos—. ¡Esto hay que celebrarlo!

Capítulo 10

En un abrir y cerrar de ojos, Dana, luego de darles un gran abrazo a sus dos amigas, ya se encontraba de camino hacia el aeropuerto para tomar su vuelo a Francia. Entretanto, Charlize, junto con el señor Bailey, gerente de ventas; a diferencia del señor Wright, quien no fue escogido como integrante de la comitiva; lo cual era su intención, la esperaban en la sala de embarque.

Tomaron el vuelo a última hora de la tarde hacia Paris; y, luego, a la mañana siguiente y después de permanecer un día entero en la bella ciudad, tomaron el tren que las llevó hacia Les Baux-de-Provence.



Tal y como Dana lo había descrito: Les Baux, pueblo medieval, de entorno escarpado y abrupto, levantado en lo alto de las colinas y con la mirada puesta en el mar Mediterráneo; esta bellísima localidad de la región de la Provenza fue la que la inspiró para escribir su libro.

Enseguida de instalarse en el hotel, el cual era rústico y levantado en lo alto de una colina rocosa con una magnífica vista a todo el valle provenzal, fueron a la cena ofrecida en su honor por la comitiva francesa.

Un acogedor restaurante al estilo medieval les dio la bienvenida; y, Dana, saboreando ser el centro de la atención, expuso entre risas, con todos y con cada uno de los integrantes de la comitiva, quienes disfrutaron de su peculiar simpatía, las razones que la motivaron y llevaron a escribir su novela en aquel lugar sin siquiera, por alguna remota ocasión haberlo visitado.

Luego de intercambiar comentarios entre risas y copas de vino, Dana, disculpándose, se levantó y, llevando consigo la copa a medio terminar que la tenía en una de sus manos salió a dar un paseo. La noche se presentó agradable, cielo limpio y

estrellado; y, ella, con su elegante vestido de chiffon en color piel y una ligera chalina de cintilla sobre sus hombros, se adentró por una callejuela en donde las tenues luces alumbraban a los restaurantes y bares que ahí había. De pronto, a lo lejos, escuchó el repiqueteo de unos pasos que aligerados venían en dirección hacia donde ella; y, luego, el eco de una armoniosa voz que dijo a su espalda:

—*Mademoiselle...*

Dana se volteó atemorizada; dejando, tan pronto y se encontró con aquellos ojos negros, resbalar la copa de su mano.

—Tú... ¿otra vez?

El hombre sonrió.

—¡Qué grata sorpresa venir a encontrarla aquí, Dana!

Dana no terminaba de salir de su asombro; ¿encontrarse precisamente allí con Armand Boissieu?

—¡Por el amor de Dios, qué gran susto me he llevado!

—No debería pasear sola por estos lugares, señorita Evans —observó, mientras se inclinaba a recoger los pedazos de vidrio que estaban regados por el adoquinado.

Dana frunció el entrecejo.

—Acaso... ¿me persigue?

—¡Por supuesto que no! —Soltó una carcajada; cosa inusual en él—, me disponía a regresar al hotel —contestó y desechó los restos de vidrio dentro del basurero.

—¿Hotel? ¿Pero...?

—Negocios. Llegué hoy a Les Baux por negocios.

Dana, con gesto de admiración, asintió; y, en cuanto se dispuso a confiarle el porqué de encontrarse allí, la voz de Armand la interrumpió:

—Permítame, por favor, acompañarla a su hostel. No es aconsejable que camine sola a estas horas de la noche.

Dana enseguida respondió con un sí.

—Oh... —reparó al recordar que de seguro Charlize y la comitiva aguardaban por ella—. Tan solo salí a dar un paseo por los alrededores, mis amigos me esperan en aquel restaurante... —Extendió su mano mostrándoselo—, el de la esquina.

Armand accedió y, con las manos dentro de los bolsillos de su pantalón de lino en un elegante azul cobalto, se encaminaron hacia el restaurante.

—Luce muy bonita hoy, Dana —le dijo, una vez al pie de las escalinatas—, y espero que esta no sea la última vez que la vea.

—De hecho... —respondió ella deteniéndose—, el pueblo es pequeño y mi hostel está a la vuelta.

Armand asintió con una suave sonrisa.

—Que tenga una bonita noche, Dana. Hasta pronto —repuso y se dio la vuelta para irse.

Dana se mantuvo por un momento mientras él se alejaba mirándolo extrañada. ¡Qué coincidencia le resultó encontrarse con él precisamente en aquel lugar! Meneó la cabeza y, en cuanto se volteó y abrió la puerta:

—¡El dinero! —Recordó que en ningún momento le habló al respecto.

—¡Armand, espere! —gritó corriendo por el callejón, tratando de alcanzarlo.

—Dígame, Dana —contestó él volteándose.

—Por la sorpresa de encontrarlo aquí, olvidé por completo comentarle que tal y como se lo ofrecí le envié su dinero... Claro, a su nombre y vía *online*. No encontré de qué otra manera hacerle...

—Lo sé —interrumpió enseguida—. Gracias, Dana, fui informado de eso.

—Oookay... —respondió ya más relajada—. Una buena noche. —Se dio media vuelta y, apresurando el paso, avanzó hasta el restaurante.



El sueño de Dana de convertirse en escritora prestigiosa se encontraba a escasos momentos de volverse una realidad. En sí, en un principio, el concurso únicamente se limitaba a algunas editoriales de renombre en los Estados de Massachussets y de Nueva York; pero, por el hecho de que su obra se realizó con escenario en la pequeña población de Les Baux, se extendió hasta Francia y con ello, la Editorial, AB. Books & Society, pasaría a ser su patrocinadora oficial.

El auditorio, en el cual en breve se daría lugar a la premiación, se encontraba colmado; tanto por representantes de distintas editoriales de Francia, como por invitados particulares. Mientras tanto, Dana, quien se encontraba en primera fila, sentada junto a Charlize y el señor Bailey; aparte de la comitiva de la editorial patrocinadora, aguardaban por el ansiado arribo de su dueño al pódium.

—¡Buenas noches a todas las personas hoy aquí reunidas! —empezó diciendo el señor Fiquet, presentador de ceremonias, dando apertura a la premiación—, me complace dar la bienvenida a la señorita, Dana Evans, a quien solicito suba al pódium para ser galardonada por su extraordinaria obra: “Bajo el Sol de la Provenza y entre campos de lavanda”; la cual nos honra y enorgullece por tomar como escenario a la bella Les Baux-de-Provence. Pido un aplauso para la señorita Dana Evans.

Dana, emocionada, enseguida se puso en pie y subió al pódium.

—*Merci...* —empezó agradeciendo y sonrió suavemente—. Pido disculpas, pero no hablo francés. Me siento muy agradecida —prosiguió con su introducción; ya más aliviada—, y feliz por este gran logro. He trabajado en algunas editoriales desde que egresé de la universidad, dedicando mi tiempo libre a escribir novelas. Ahora declaro —señaló—, me siento conforme por haber empleado de la manera correcta, por pequeños que fueren, a todos y a cada uno de esos momentos. Mi gran sueño siempre ha sido llegar a ser

reconocida como una escritora y creo que hoy lo he conseguido. Gracias a todos quienes me han abierto las puertas y hacen real este, mi sueño.

—Lindas y emotivas palabras de la señorita Evans. Y ahora —anunció el señor Fiquet, girándose hacia su costado e indicando al hombre quien, venía en dirección hacia donde ellos luciendo consigo un elegante traje de corte inglés—, le damos la bienvenida al señor, Armand Boissieu, presidente y dueño de la Editorial, AB. Books & Society, quien tendrá el honor de condecorar a la señorita, Dana Evans y dar fiel testimonio entregándole el sello de oro de esta prestigiosa editorial.

Dana, por un momento, se le hizo no haber escuchado bien.

—¿Cómo dijo...?

Armand se acercó al pódium, elegante como ninguno.

—Buenas noches a todos; señorita Evans... —Hizo una ligera inclinación, dirigiéndole una mirada profunda. En tanto que, Dana, con sus labios presionados en una fina línea, lo penetró furiosa con la mirada. La ira de verlo allí, junto a ella reconociéndola como la escritora del momento, a quien honraba con su presencia como parte de la editorial de la cual él, precisamente él, el hombre insociable, el supuesto campesino recio a quien conoció en semejantes condiciones y a quien llegó a detestar, era nada más y nada menos que el dueño de la editorial; el empresario que se interesó en su manuscrito y, con ello, otorgarle la oportunidad de cumplir con su sueño. No sabía si simular sonreír o darse media vuelta e irse.

—Señor Boissieu... —Optó por corresponder con una falsa sonrisa; apretando los dientes para no gritarle ahí mismo que era un embustero.

—Es un honor —prosiguió Armand—, hacerle entrega del sello de oro de esta prestigiosa Editorial: “Armand Boissieu. Books and Society” como premiación a su excelente obra; la cual, nos ha cautivado por su extraordinaria narración... Sobre

todo, por referirse con tan exquisita singularidad a la región de la Provenza.

—Gracias... —Dana contestó fríamente. Levantó la placa y, sin mirarla siquiera, se la mostró al público presente. A la vez alzó a mirarlo y, con mueca de: “*no me interesa en lo absoluto su sellito de oro*”, enarcó una ceja y bajó nuevamente al auditorio.



Acto seguido fue el cóctel de reconocimiento y cierre de la ceremonia. Dana, siendo el centro de la atención, se vio obligada a compartir e intercambiar uno que otro comentario con quienes deseaban conocer más sobre ella. Mientras que, Armand, desde el extremo opuesto del salón, en donde Charlize, con su característica sonrisa exagerada se vanagloriaba de lo que seguramente suponía ser de interés para él; Armand, siendo amable, mantuvo la conversación con ella, pero insistentemente desvió su atención a Dana, quien, tratando quizá de escabullirse de entre los ahí presentes, encontró la primera puerta y salió a los exteriores. Armand, disculpándose con Charlize, fue enseguida detrás de ella. Dana avanzó hasta un graderío de piedra, el cual conducía a un hermoso jardín medieval de raros arbustos, flores exuberantes y enredaderas enmarañadas; en donde, de espaldas a la vieja casona, contemplaba las luces parpadeantes que a lo lejos, como un manto, se perdían cobijando el valle provenzal.

—Sé que merece una explicación, Dana.

Dana cerró con fastidio los ojos; y, luego de dar un largo y profundo respiro, se volteó.

—¿No piensa que ya es demasiado tarde para dármelas?— Quizá, pero de todas maneras se las daré y le pido que me escuche.

—¡Ya es suficiente, Armand. O... ¿debo llamarlo, señor Boissieu? Usted me engañó, se aprovechó de todo cuanto le confié aquel día en Les Rousses. ¿Por qué no me dijo ese mismo día que era el dueño de una editorial? O más bien

dicho, lo hubiese hecho desde el principio, así no me exponía a confiarle sobre el libro que acababa de escribir y ahora no estaría haciendo el ridículo frente suyo. ¿Es que nunca va a dejar de humillarme?

—¡No, por favor, no piense de esa manera! Jamás ha sido mi intención ofenderla.

—¡Pero ya lo ha hecho, señor Boissieu!

—Dana —dijo acercándose más hacia ella y por un momento trató de tomarla de las manos.

—¡No lo intente! —exigió ella con fuerza—. No me interesa pertenecer a su editorial y peor aún trabajar para usted. Quédese con su sello de oro, que yo llegaré a la cúspide por mis propios méritos... ¡No como un favorcito suyo!

—¡Ya ha sido suficiente! —espetó Armand mirándola con disgusto—. Usted no tiene ni idea de lo que está hablando. Y sí, efectivamente no se lo confié, pero tampoco a usted le interesó saber nada sobre mí... No veo la razón de su enojo.

—¿No lo ve? ¿Acaso no es capaz de darse cuenta? —replicó clavándole sus radiantes ojos azules, como dos pedazos de cielo, en los de él—. Yo le confié mi sueño de un día llegar a ser una escritora reconocida, le comenté abiertamente acerca del libro que escribí y hasta el nombre se lo di... ¡Y usted, tomó esa información para engañarme, engañar a todos y hacerme creer que triunfé!

—¡Qué poca estima tiene para consigo misma, Dana!

Dana respiró con fuerza, apretando los labios.

—Usted...

—¡Aún no he terminado! —interrumpió severamente con sus ojos fijos en los de ella—. ¿Piensa que yo arriesgaría el buen nombre de mi editorial con un libro mediocre? Incluso, después de haberla conocido, ¿patrocinar a alguien sin vocación? Me interesé en su manuscrito, porque vi en usted la pasión, la dedicación, el amor por lo que es su camino... ¡y en usted misma!

—¡Pues se equivocó conmigo! —discutió fulminándolo—. Usted para mí es un hombre intolerable, Armand Boissieu. Desde el primer día que lo vi me pareció un hombre insensible, frío y descortés... ¡Entienda de una buena vez que jamás aceptaré nada que venga de usted! ¡Y no lo quiero volver a...

—¡Cállese ya! —Armand la tomó con fuerza por el rostro y sin dar pie a que continúe injuriándolo, plasmó un intenso beso en sus labios; en tanto que, de aquel hombre intratable, Dana, sin explicación alguna, sintió un fuego misterioso y se dejó llevar por la tibieza de su piel; pero el orgullo la dominó.

—¡No lo vuelva a hacer! —replicó apartándolo enseguida de su lado—. ¡No vuelva a besarme!

Armand la penetró con la mirada.

—*Je t'aime*, Dana! ¡La amé desde el día en que la conocí!

—¡Cállese, no lo repita, porque no creo una sola palabra que venga de sus labios!

—Yo no engaño. Estoy enamorado de usted y nada más en recordarla asalta mi existencia.

—¡No más...! —Dana negó enérgicamente dando un paso atrás—. ¡Déjeme en paz! —Se dio media vuelta y a toda prisa cruzó el jardín, bajó casi corriendo las pocas escalinatas de piedra y llegó hasta el portón de madera, lo abrió bruscamente y entró al salón, en donde los invitados continuaban celebrando. Echó un rápido vistazo hacia su interior, buscando a Charlize y el señor Bailey y, sin conseguir encontrarlos, avanzó con cuidado por entre los invitados, hasta que pudo verlos sentados a una mesa del fondo conversando con el señor Fiquet y se acercó.

—Dana, ¿en dónde estabas? —enseguida preguntó la señora Moore, levantando a mirarla.

—Me invadió el deseo de salir un momento a los exteriores —respondió—. Los jardines de este lugar son muy hermosos. Todo en sí es único —comentó dirigiéndole la mirada al señor Fiquet—. Ha sido una noche perfecta, pero me disculpo con ustedes. Ahora debo retirarme.

—¡Oh, es una pena que nuestra agasajada nos abandone tan temprano!

—¡Señor Boissieu! —exclamó Charlize, al tiempo que lo vio detrás de Dana—, le invito a compartir con nosotros. Será un honor tenerlo en nuestra mesa.

—Por supuesto, señora Moore —contestó haciendo una ligera inclinación con su cabeza.

—Es una lástima, señor Boissieu —comentó el señor Fiquet, dirigiéndose a él—, que la señorita Evans tenga que dejarnos.

—¿Cómo...? ¿Va a irse así de rápido, señorita Evans? —indagó Armand con una mirada tan profunda que, si los ahí presentes hubiesen caído en la cuenta, hubiesen desconfiado de ellos dos.

—Así es —respondió fulminándolo—. Les pido tengan la gentileza de excusarme —repuso dirigiéndose al señor Fiquet y Charlize Moore—, pero me siento indispuesta.

—¡Por supuesto! —exclamó el señor Fiquet.

—Gracias. Continúen con esta linda velada. Buenas noches. —Dana se cubrió los hombros con su pañoleta de seda; y, en cuanto se dio media vuelta y se disponía a abandonar la mesa:

—Señorita Evans...

Enseguida, Dana se volteó.

—¡Que tenga una linda noche! —dijo Armand.

Dana, luego de hacer un cordial pero frío gesto de agradecimiento, se dio media vuelta y se encaminó hacia el interior del salón.

No comprendió cómo consiguió escabullirse de sus invitados; pero, antes de abrir el portón, Armand ya se encontraba detrás de ella.

—Permítame acompañarla hasta su hotel —ofreció abriéndolo enseguida.

—¡Deje de perseguirme! —respondió con energía y, sin regresarlo a mirar siquiera, se encaminó calle arriba.

Armand aceleró su paso.

—¡Deténgase de una buena vez! —exigió tomándola por el brazo.

—¿No entiende que tan solo su presencia me irrita? —replicó volviéndose hacia él.

—¡Usted lo que es, es una niña caprichosa y grosera!

—¡Y usted el hombre más insoportable, engreído y...

Armand la envolvió entre sus brazos y, sin permitirle pronunciar una sola ofensa más, en un beso profundo volvió a callar sus labios.

—¡Qué insolente es! —discutió de un fuerte empujón—. ¿Piensa que por su audaz pantomima de ofrecerme un puesto en su editorial voy a caer en su patética farsa o comedia, como quiera llamarlo y derrumbarme rendida a sus pies? ¡Se equivoca, señor Boissieu!

—No es ni farsa ni comedia... —repuso mirándola fijamente—. ¡Tú me aprehendiste, Dana! No ha habido un solo día que no haya dejado de pensar en ti. Me comuniqué con todas las editoriales de Boston averiguando sobre el concurso, les propuse formar parte de él, ofreciendo el nombre de mi editorial como patrocinador. Vi así la oportunidad de volverte a ver, porque no consigo estar un solo día más sin ti. Yo no fui parte del jurado. El galardón lo conquistaste tú misma. De hecho, cuando llegó a mi escritorio la información de la obra ganadora y la leí, supe, a pesar de que la inscribiste con seudónimo, de que se trataba de ti, de tu obra; aquel nombre se me quedó grabado... ¡Al igual que tú! Entonces me comuniqué de inmediato con Nueva York y solicité que la premiación se lleve a cabo aquí, en este lugar. Así fue como acontecieron las cosas.

—Le agradezco que al menos me haya informado cómo acontecieron las cosas, señor Boissieu... Pero métase de una vez en esa cabeza que, jamás; jamás quiero volver a verlo.

Ahora le pido que regrese con sus amigos y me deje continuar con mi camino. Adiós, señor Boissieu.

“Je t’aime”: (Te amo)

Capítulo 11

—Regresaré hoy mismo a Paris, señora Moore.

—Dana, ¿qué ha sucedido? —preguntó Charlize, sorprendida.

Dana tuvo que inventar una disculpa creíble, puesto que aún restaba dos días en Les Baux y cumplir con una serie de eventos organizados por la comitiva francesa en su honor.

—Señora Moore, es por asuntos personales. Créame que no ha estado en mis planes esta resolución, pero debo regresar de inmediato a Boston.

—Bueno... —Charlize exhaló con fuerza—. Espero que no habrá objeción alguna por parte del señor Boissieu.

—Disculpe que la interrumpa, señora Moore, pero pienso que él no tiene por qué oponerse, la premiación fue llevada a cabo, además del banquete de bienvenida.

—Eso es correcto. Hablaré hoy mismo con la comitiva del señor Boissieu o con él directamente anunciándoles tu partida de Les Baux.

—Le agradezco, señora Moore. Mi tren sale en una hora. Disfrute, al igual que con el señor Bailey, de su estadía en este lugar.

—Si es así —dijo la señora Moore tomándola afectuosamente por los hombros—, no me queda más que desearte que tengas un buen viaje. Te pido que el lunes asistas a la editorial.

Dana tomó un taxi y se dirigió a la estación para tomar el primer tren de la mañana a Paris; no deseó tener ningún encuentro más con Armand. Y para cuando fuesen al desayuno, al cual estaba invitada junto con Charlize y el señor Bailey, él ya no la encontraría; Dana estaría a varias horas de distancia de Les Baux. Y así él decidiera conducir hasta Paris, le resultaría imposible encontrarse con ella, porque su vuelo hacia Boston salía inmediatamente después de su llegada a la capital francesa.



—¡Amiga! —exclamaron Abby y Ebony en cuanto escucharon abrirse la puerta y vieron a Dana, arrastrando su pequeña valija entrar al apartamento—. ¿No se supone que llegarías hasta el domingo?

Dana la rodó hasta un extremo del diván en donde ellas tomaban un café.

—Estoy agotada —les respondió y, tomando de la taza de Abby, bebió un largo sorbo de su café americano al cual le había añadido un chorrito de crema—. Este viajecito ha resultado ser toda una maratón. No tienen ni la mínima idea de todo cuánto sucedió en Les Baux.

—¿Cómo...? El día que hablé contigo comentaste que todo iba de maravilla.

—Así es... —Dana se acomodó en el diván y, con el entrecejo fruncido, se retiró los tacones—. Hasta la noche de la premiación todo iba a la perfección. Pero...

—Pero ¿qué? —preguntó Abby.

—Ay, Dana —interrumpió Ebony—, la verdad es que siempre que regresas de Francia algo te ha de suceder.

Dana negó con la cabeza.

—Ni se imaginan... —dijo luego, riendo con desprecio—. Quien se acercó al pódium para entregarme el sello de oro, condecorarme y toda esa farsa, ¡fue el mismísimo campesino que me hizo la vida imposible en la granja de Les Rousses!

—¿Cómo dices? ¿Aquel francés rudo, insociable y no sé cuántos calificativos más que le hayas dado?

—Pues sí... ¡El mismo! ¡Resultó aparte de insolente, ser un mentiroso!

—Pero ¿por qué lo llamas así? —protestó Ebony.

—Porque el supuesto granjero, quien me dijo que amaba la vida de campo y que por ello disfrutaba de su estancia y a su

casona vieja la usaba como un modesto hostel y que por las noches atendía en su taberna... ¡Es nada más y nada menos que el distinguido, Armand Boissieu! El dueño y presidente de la Editorial AB. Books & Society... ¿Cómo la ven?

Tanto Abby como Ebony se quedaron boquiabiertas.

—Guau... ¡No es un simple granjero! —exclamó Abby—. ¡Estamos hablando de todo un galán...! ¡Y de muchísima importancia, Dana!

—¿Y qué con eso?

—Eres tan... —discutió mirándola enojada—. ¿Acaso estás tan ciega para no darte cuenta?

Ebony soltó una risotada detrás de ellas.

—No te tomes el tiempo de abrirle los ojos, Abby... peor aún discutir. Nuestra querida Dana tan solo tiene ojos para el presuntuoso de Lorenzo.

—Qué más da... —prosiguió Abby—, ahora tu libro y los futuros que escribas pertenecerán a su editorial. Así de sencillo... ¿En qué te afecta? Tienes lo que buscabas.

—Ustedes dos se equivocan. Anoche le dije en su cara que no aceptaré nada que venga de él. Y más aún luego de que... —Dana se calló por un momento; en tanto que, Abby y Ebony la inquirieron con la mirada—. ¡Olvídenlo! —les dijo—. Nada de lo que aconteció en Les Baux tiene la mínima importancia para mí. Lo que haré y en este preciso momento es telefonear a Lorenzo. Muero por verlo y perderme el fin de semana junto a él.

—Okay... Pierde cuidado, que no te volveremos a mencionar nada al respecto —repuso Abby—. Lo que sí, no vengas luego a lamentarte con nosotras por la burrada que estás a punto de cometer. Estás de acuerdo conmigo, ¿Ebony? —Ella asintió con un sí y, moviendo de lado a lado la cabeza, prefirió irse.

—¡Espero que no haya cometido la torpeza de haberlo rechazado! —fue balbuceando, mientras se dirigía a su habitación.



—Hola cariño, acabé de regresar de Francia.

—Nena... Pensé que regresarías hasta el domingo. De hecho, iba a telefonarte esta misma noche.

—Pues ya no necesitas hacerlo, estoy aquí y lo que más deseo es verte.

—Dana, querida, en este preciso momento pediré que hagan tu reserva porque quiero que mañana tomes el primer vuelo a Washington. Esperaba con ansias tu regreso porque tengo algo muy importante que decirte. Sé que te hará muy feliz esta noticia.

Dana se emocionó por un momento; pero luego recordó aquella vez cuando, asimismo, Lorenzo le había comentado algo parecido. No tomó importancia y accedió encantada; a la final, ella tan solo deseaba distraerse y olvidar los infortunios que la hizo renegar de su suerte con Armand.



Una vez que Dana llegó a Washington, Lorenzo tenía organizada una gran fiesta con gran parte del buró de abogados de renombre en todo el Estado de Washington, además de amigos particulares; lo cual a ella le sorprendió sobre manera.

—Cariño, ¿y todo esto? —preguntó emocionada; dedujo que de seguro y él la quiso agasajar por haber alcanzado su logro como escritora. Cosa que estaba muy lejos de ser verdad; según ella.

—Querida, ven conmigo —dijo y, abrazándola por la cintura, la presentó con sus colegas y sus respectivas parejas y esposas. Acto seguido, parándose en frente de sus invitados pidió la atención de ellos, ya que tenía algo muy importante que comunicarles.

Y así acontecieron los hechos:

—Amigos míos, les agradezco por estar esta noche aquí reunidos. Ante ustedes, quienes desde este momento serán fieles testigos del gran amor que siento por mi bella novia, Dana, quiero pedirla en matrimonio. Dana —dijo colocándose frente a ella y, sacando del bolsillo de su chaqueta un elegante estuche, lo abrió ante sus ojos, destellando al momento un valioso anillo de oro blanco con una hermosa piedra de diamante—, deseo que seas mi esposa.

Los ojos de Dana brillaron y en su rostro se reflejó una reluciente sonrisa. Esperó tanto por este gran día y al fin, sin imaginarlo siquiera, Lorenzo la estaba pidiendo en matrimonio.

—¡Sí, claro que sí! —respondió con sus ojos humedecidos por la emoción. Su felicidad fue tal que, a partir de ese momento nada sería más importante que su compromiso con Lorenzo.



Cuando Dana regresó a Boston, después de hacía apenas unas cuantas horas de haber pasado el fin de semana con su prometido formal, llegó tan feliz como nunca a su apartamento; cosa que a sus amigas las sorprendió porque no era usual una reacción así en ella después de haber estado con Lorenzo. Y claro, en el momento que les mostró el anillo de compromiso y les comentó con todo el lujo de detalle cómo fue la petición de matrimonio, ellas comprendieron el porqué de tanta felicidad. En la realidad, tanto Abby como Ebony, no estaban de acuerdo con ese matrimonio, ellas conocían perfectamente el carácter vanidoso y ambicioso de Lorenzo Bertucci y él no las engañaría. Dudaron pensando que algo había detrás de ello; pero, asimismo, estaba la otra cara de la moneda: quizá Lorenzo, dejando de lado al hombre mujeriego e insensible, en la realidad estaba enamorado de su amiga y nada podrían hacer al respecto. De todas maneras, lamentaron por la suerte de Dana junto a él.

Por otro lado, cuando Dana fue a la editorial y le informó a Charlize que no aceptará el patrocinio de Armand Boissieu

para su libro, le tomó de sorpresa; no comprendió el porqué de semejante decisión absurda por parte de ella.



Dana quiso darle una sorpresa a su prometido. Apenas y había transcurrido una semana de su compromiso y viajó a Washington. Fue directamente buscándolo a su despacho, pero su secretaria le informó que enseguida de la hora de almuerzo tuvo que acudir a una cita con un cliente y que de un momento a otro ya estaría de regreso, puesto que hacía algunas horas de eso. Esperó por él durante aproximadamente una hora y, cansada de hacerlo y en vista de que pronto darían las seis de la tarde y las oficinas cerrarían en breve, tomó la decisión de ir hasta su apartamento, ella conocía perfectamente cómo llegar hasta allí. Se despidió de su secretaria y una vez en el lobby, en cuanto se disponía a salir del edificio se encontró con Barry, amigo de Lorenzo, quien en ese momento ingresaba a las instalaciones.

—Dana, ¡qué sorpresa verte por aquí! —saludó con ella—. ¿Y Lorenzo, está en su despacho? Tengo algo urgente que decirle.

—Cómo estás Barry. No, él no está. Lo he esperado por más de una hora y no ha llegado. Ahora mismo voy a su apartamento.

—Entiendo. Seguramente estará allí. ¿Sabe que estás en Washington?, ¿lo telefoneaste?

—Hace un momento, cansada de tanto esperar lo hice, pero su celular está apagado. Y bueno, quería darle una sorpresa.

—Oh, ya veo. Si es así, se la puedes dar más tarde. ¿Deseas tomar antes un café conmigo?

Dana bajó la mirada y luego de darle un vistazo a su reloj accedió.

—Llegar media hora tarde a mi cita no afecta —le respondió riendo.

Salieron del lobby y caminaron hasta una cafetería que se encontraba al doblar la esquina. Una vez sentados a la mesa y luego de ordenar un Espresso doble para Barry y un Capuchino con crema de avellanas para Dana, se dispusieron a dialogar entretenidos.

—Lorenzo me comentó que quiere que la boda se celebre enseguida —indicó Barry mientras, probando de la cucharilla, constató si echó el azúcar necesaria a su café.—Oh, sí. —Dana acercó la taza a sus labios y dio un sorbo a su Capuchino—. Lorenzo está tan emocionado que si por él fuese la celebraríamos mañana mismo —respondió y, tras dejar la taza sobre el platillo, se limpió con la servilleta de papel el exceso de crema.

Barry asintió con una larga sonrisa.

—Indudablemente. Con una mujer tan bella quien no lo desearía. Ojo, ¡pero sin mala intención!

Dana echó a reír.

—Tranquilo, Barry, te conozco bien y conozco a tu esposa.

—Volviendo al tema —prosiguió él—, su ascenso para representar los asuntos del Senado es ya un hecho. Tan solo necesitan casarse y ya tiene un pie dentro de La Casa Blanca.

—Representar los asuntos del Senado, ¿dices?

—¿No estabas al tanto? —Barry se frotó con insistencia el entrecejo.

—Pues..., ¡no! —Dana desvió con disgusto la mirada hacia el ventanal. Conocer la noticia por labios de otra persona no le agradó en lo absoluto; obviamente, ella debía de ser la primera en saberlo. Dio un largo respiro y regresó a verlo—. Quizá estará esperando el momento oportuno.

—Es lo lógico. Bueno —dijo Barry mientras llamaba al camarero—, me encantaría seguir conversando contigo, pero me espera una junta.

—No te preocupes, que yo también me dispongo a ir en este momento al apartamento de Lorenzo.

—Te acompaño a que tomes un taxi.

Dana sonrió.

—Gracias.



Durante la trayectoria hasta el apartamento de Lorenzo, Dana fue pensativa. No le hizo ninguna gracia enterarse por labios de un colega suyo acerca de algo tan importante que ya era una verdad a gritos y de la cual ella no tenía ni la menor idea. Exhaló con fuerza y, con la mirada perdida en el asfalto de la autopista y la constancia de los coches que velozmente avanzaban frente a sus ojos, le inquietó el comentario de Barry... “Tan solo necesitaría casarse y él tendría su ansiado lugar en la Casa Blanca”. Cerró los ojos y, al momento, escuchó la voz del hombre afroamericano, quien conducía, indicándole que habían llegado. Dana giró la cabeza y, en efecto, miró que se encontraban al pie del edificio de cinco plantas en donde Lorenzo rentaba una lujosa suite. Sacó de la cartera un billete de cincuenta dólares, le pagó y bajó del auto.

Entró al lobby y caminó hacia el elevador, pulsó el cuarto piso y esperó hasta que se cierran las puertas. Salió y antes de continuar por el pasillo, sacó el celular de la cartera y marcó al número de Lorenzo, pero continuaba apagado. Contrariada, tan solo esperaba encontrarlo, de otra manera tendría que ir en busca de un hotel. Avanzó hasta la puerta de la suite y golpeó dos veces seguidas; y, en cuanto se disponía a dar el tercer intento, él abrió la puerta.

—¡Dana, querida! —exclamó agitado, interponiéndose para que ella no dé un paso adelante. A Dana le extrañó verlo en bata de cama, con una botella de vino en la una mano; y, por la evidente expresión de asombro en su rostro, en la otra estaría sujetando a las dos copas que de seguro antes de abrir las dejó sobre la mesita alargada del recibidor.

—¿Qué...? ¿Qué haces así vestido y con esa botella de vino? —cuestionó frunciendo el ceño. Enseguida rodó los ojos hacia el interior del apartamento y alcanzó a mirar las dos copas—. ¿Y esas copas allí...? ¿Qué significa? —No hizo

falta explicación alguna por parte de él. Al momento, salió de la alcoba una mujer rubia y alta, llevaba puesto un diminuto camisón negro en seda transparente y encaje, revelando su bien dotada figura.

—Amor —habló ella en un acento extranjero, acercándose—, ¿quién es esa mujer?

Lorenzo se mantuvo en silencio; como cordero atemorizado.

—¡Soy una verdadera idiota! —espetó Dana, fulminándolos—. Ahora lo veo todo tan claro. ¡Eres un infeliz mentiroso! ¡Jódete, desgraciado! ¡Tú y tu ambicioso ascenso, porque no pienso casarme contigo...! ¡Jamás! —Se dio media vuelta y, con lágrimas en los ojos, corrió hacia el elevador. Inmediatamente, luego de pulsar el lobby colocó en su celular la dirección del edificio en la aplicación de Uber y pidió uno. Esperó diez minutos y en cuanto llegó a recogerla le dijo al chofer para que la lleve al aeropuerto.

Compró un boleto de avión para esa misma noche y regresó a Boston.



Cuando llegó a casa, sus amigas no se encontraban. Lanzó su bolso de mano sobre el sofá y fue a la cocina por una copa de vino; más bien cogió dos garrafas y se las llevó con ella. Se lanzó al sofá y, entre lamentos, indignada, repitiéndose una y otra vez que era una verdadera estúpida, se las bebió a pico de botella hasta acabárselas y se quedó dormida.



—Dana, despierta —escuchó vagamente y sintió un frío húmedo resbalarle por el rostro. Abrió con pesadez los ojos y, borrosamente, vio que Abby y Ebony trataban de incorporarla. Los labios y la lengua le pesaban y todo le daba vueltas. La llevaron en hombros hasta la ducha, abrieron la regadera e

hicieron que un fuerte chorro de agua, más fría que tibia, le caiga con todo y ropa puesta. La desvistieron, la secaron, la colocaron su pijama de franela y la recostaron sobre la cama.



Ya para la mañana, cuando Dana despertó, tenía una fuerte jaqueca, como si la cabeza le reventase. Se levantó con dificultad y fue al baño, abrió el botiquín, cogió el envase de *tylenol* y, frotándose la nuca, fue a la cocina por un vaso de agua; luego, más bien, necesitó un café extrafuerte. Se sentó a la mesa y, entre sorbo y sorbo, con semblante lánguido, fue bebiéndoselo.

—Pero ¡a quién tenemos aquí! —entraron burlonamente diciendo, Abby y Ebony—. ¡Resucitaste, amiga!

Dana se volvió a verlas.

—Sí... —Asintió sujetándose la frente—. ¡Fue un total disparate embriagarme de tal manera!

—Mas bien nos resultó una sorpresa encontrarte en casa —repuso Ebony—. Suponíamos que estarías en Washington. ¿Qué pasó?

—Pasó que ustedes dos son un par de brujas —le contestó y soltó una carcajada—. Ay, amigas, ¿cómo le hacen para darse cuenta de todo...? ¡Por eso las amo!

Abby y Ebony se miraron entre sí.

—¿Pasó algo entre Lorenzo y tú? —preguntó Ebony.

—Hum... ¿Que si pasó algo? Ni se imaginan.

—Cuéntanos de una buena vez —dijo Abby. Caminó hasta la máquina de café y se sirvió un poco—. ¿Te paso uno también? —preguntó a Ebony y ella respondió que sí.

—¡Ese desgraciado! —empezó Dana comentándolas, mientras a su taza la tenía revolviendo entre sus manos—, me engañó durante todo este tiempo con su falso amor ¡y yo estúpida y mil veces estúpida que creí ciegamente todo cuanto me decía! ¿Pueden imaginar que lo encontré con otra mujer en

su apartamento? Y eso no es todo —señaló; mientras que, sus amigas, atentas, prestaban atención—. Fui con uno de sus amigos a tomar un café, ya que el muy sinvergüenza no apareció por su despacho y yo como gran pendeja esperándolo por más de una hora. Pues resulta que mientras conversábamos me comentó que pronto lo ascenderán nada más y nada menos para que trabaje representando al Senado... Pero ojo, para ello debe ser un respetable hombre casado... ¿Cómo la ven? En ese momento sentí que el mundo se me derrumbaba; pero siendo así, tomé un taxi y fui a su apartamento, tenía que escuchar de labios suyos una explicación a todo aquello; y con lo que me encontré es con una mujer extravagante y él semidesnudos.

—¡Madre de Dios! —exclamaron ambas.

—Tuvo que suceder así... De esa manera tan cruda correrse la cortina de mis ojos. Le grité ahí mismo que no habrá matrimonio... ¡Que se joda! Y me regresé.

—Guau... ¡Qué situación! Pero ¿estás bien?

—¡Por supuesto que estoy bien! Vale más sufrir un poquitín que condenarse por alguien que no merece la pena. —Dana exhaló con fuerza—. Anoche ahogué con tanto vino lo que debía ahogar —dijo y soltó una risotada.

—Es la mejor noticia que he escuchado.

—Hemos escuchado... —corrigió Abby.

—Aunque fuerte —prosiguió Ebony—, por semejante mal rato que debiste haber pasado; pero, a la final, lo más conveniente para ti.

—Pero ¿te ha telefoneado? —interrumpió Abby—. Me imagino que no va a quedarse así como así cruzado de brazos, después de su interés ambicioso.

—No tengo ni la mínima idea ni me interesa. Bloquee llamadas, mensajes, todo lo que venga de él... ¡Se acabó!

—Aunque yo sé que luego de decirte esto vas a lanzarme encima tu taza de café caliente —indicó Ebony—, pienso que no deberías rehusarte a la propuesta de Armand Boissieu. Admítelo, Dana, pero con ese absurdo; más bien dicho,

absurdo capricho tuyo, te estás negando un futuro próspero de éxito, viajes, lujos y toda esa vida maravillosa que siempre has deseado... ¡Es tu sueño! Además... —añadió; pero luego, con sonrisa burlona, optó por quedarse callada—. Bueno, nunca se sabe...

—¡Déjate de indirectas, Ebony! —le respondió dejando de lado a su taza con el café a medio terminar—. Cada cual tiene su historia y me molesta. Pero...

—Continúa... ¿Por qué te quedas callada?

Dana levantó la mirada que la tenía fija en el resto del café que aún sobraba en el fondo de la taza y que, sin darse ni cuenta, volvió a levantarla y la tenía dando vueltas.

—Hum... quizá puede ser que le di demasiada importancia a mi ego..., y... ¡Pues exageré!

—¡Bendito sea! ¡Hasta que al fin empiezas a darte cuenta! —exclamó Abby, mientras Ebony la observaba.

—Sí... ¡Admito que exageré! —Dana dio un hondo suspiro y prosiguió:

—¿Saben? Hay algo que no les he confiado. Armand me besó.

—¿Qué...? Que te besó, ¿dices?

—Y lo hizo en dos ocasiones.

—Dana... —protestó Ebony—, ¿qué ciega estás? ¿Qué pasa contigo?

—Es Lorenzo quien la ha tenido así por más de un año —se quejó Abby.

—Además de ciega —añadió Dana y echó a reír—, sorda y muda. —Al menos su sentido del humor seguía ahí; más bien dicho, no tardó en darse cuenta de que su obsesión por el apuesto doctor en leyes, el distinguido, Lorenzo Bertucci, era solo eso: su patética obsesión por escalar fama a la sombra de su poder; obsesión de la cual logró a tiempo escapar.

—Tienes mucho para contarnos —afanosas aseguraron sus amigas. Abby enseguida se volteó y, abriendo las portezuelas

del pequeño mueble en madera que se encontraba a un extremo de la cocina, sacó la última botella de un vino tinto que ahí había, agarró tres copas redondeadas y, regresando a donde ellas, colocó todo sobre el cristal de la mesa—. Estamos ansiosas para que nos lo cuentes todo... ¿verdad que sí, Ebony? —Ella sonrió con un sí.

—No hay mucho que contar —replicó Dana.

—Claro que tendrás muchísimo que contarnos —discutió Ebony, mientras repartía el vino en cada copa—; la verdad, desde que nos hablaste sobre él, mi sexto sentido intuyó que algo tuvo que haber ocurrido entre ustedes... quizá un minúsculo flechazo que no consiguieron interpretar; pero, que sin darte ni cuenta, has quedado prendida de él.

—No. —Negó Dana con energía—. ¡Obvio que no! Cómo puedes imaginar que después de comportarse descortés y hasta cierto punto patán ¿fuese a quedar prendida de él...? ¡Imposible!

Abby rio moviendo de lado a lado la cabeza.

—Está bien —prosiguió Ebony—, supongamos que tienes razón.

—¡Por supuesto que la tengo!

—Perfecto, dejémoslo así. Ahora explícate a ti misma ¿por qué fue él, precisamente él, quien tomó interés en tu manuscrito, hizo que vuelvas a Francia y te ofrece publicar tus libros y que formes parte como escritora de planta en su editorial? Si fuese patán, recio y descortés como lo tachas, simplemente nada de eso hubiese ocurrido y nunca más sabrías de él; pero no fue así. Ahí lo tienes, preocupándose por ti.

—De acuerdo... —consintió Dana—. Sabrán qué fue lo que me dijo.

—¡Al fin! Ya era tiempo de que lo hagas —habló Abby, quien tan solo se mantuvo bebiendo mientras las escuchaba.

—Cuéntanos entonces —indicó Ebony—, para decidir si ahorcarte o darte la razón por el hecho de huir de allí y dejarlo con la fiesta organizada.

Dana alcanzó la botella de vino y, mientras torpemente, rellenaba su copa, prosiguió:

—Durante el cóctel que nos ofrecieron salí al jardín y fue en ese lugar cuando él fue tras de mí y trató de darme una explicación. Pero yo, furiosa como estaba, le grité que todo aquello era su farsa montada y que jamás aceptaría nada que venga de él. Fue en ese preciso momento cuando, sin darme ni cuenta, mientras le replicaba en la cara todo lo que se merecía, me tomó por el rostro y me besó... ¡Así sin más!

—¡Cómo te enciendes ni bien te refieres a él! —aguijoneó Ebony.

—¡No, no es así! —replicó Dana agitada—. ¡Él me irrita! Y saben ¿qué?, ¡no diré más nada! Esa página se cerró.

—Está bien —asintió su amiga—, prometo no hablar de más... ¡Pero termina de contárnoslo, por favor!

Dana exhaló con fuerza.

—Pero no más comentarios estúpidos, ¿estamos de acuerdo? —Abby y Ebony asintieron sonriendo con sorna; acercaron sus copas y también las rellenaron; aparte de la de Dana que, de un solo sorbo, se la bebió completa—. Volví a la recepción —prosiguió—, y me disculpé con la señora Moore, con el señor Bailey y uno de los de la comitiva francesa que se encontraba dialogando con ellos, diciéndoles que me retiraría al hotel. Mas, en cuanto salí de ese lugar, Armand ya se encontraba detrás de mí.

—Y ¿entonces? —impaciente preguntó Abby.

—Me confesó que él no tuvo nada que ver con la resolución del jurado.

—Pero ¿Cómo fue que supo del concurso y luego convenció a los jueces para que la premiación sea en Francia? —cuestionó Ebony.

—Él ya conocía del concurso, porque yo misma se lo informé. Luego, continuó relatándome que cuando me fui de Les Rousses se comunicó con la editorial de Boston y de Nueva York y les propuso para que su editorial también formase parte. Que ellos accedieron complacidos y que cuando

tuvo acceso del manuscrito de la obra ganadora, supo de inmediato que se trataba de la mía. Lo supo porque también se lo había comentado y hasta el nombre se lo di. Bueno... — Dana inhaló con fuerza y, llevándose la copa a sus labios, bebió un bocado y continuó—, les ofreció patrocinarme y que la premiación se llevase a cabo en Les Baux. Me confesó que tan solo deseaba verme otra vez, porque..., pues..., porque se enamoró de mí.

—¡Lo sabía! —eufórica exclamó Ebony—. Claro... ¡Lo intuí desde un principio! Dana, ¡ese hombre te ama...! ¡Y de qué manera!

—¡Pero yo no!

—¿Estás segura?, deberías tomarte tu tiempo y al menos hacer un balance. Aún no lo conozco, pero te aseguro que es un hombre honesto, apasionado, encantador... ¡aparte que de seguro y será muy sexy! Dios, no quiero continuar... Pero ¡Es fuera de lo común!

Dana levantó su mano con gesto de: “¡no quiero escucharte más!” y se sujetó la cabeza.

—Iré a descansar, quizá nos siente bien salir por ahí al final de la tarde. ¿Qué tal un restaurante de comida mexicana y unos buenos tequilas?

—Nada mejor que unos cuantos *shots* para ahogar las penas... —propuso Abby, sonriendo de tal manera que, dándole la razón, Ebony asintió con un terminante sí en medio de risas.



—¡Dana! —Abby entró gritando a su habitación con su típica voz chillona, mientras con una mano agitaba un mediano libro por los aires—. ¡Lo lograste, amiga!

Dana, quien en ese momento miraba hacia el callejón, se volvió de inmediato hacia ella.

—¿Qué traes ahí? —preguntó y se puso en pie.

—Es tu libro, boba. Acabo de comprarlo. Mira —dijo poniéndolo en sus manos—, confirmalo por ti misma, tiene el sello AB. Books & Society.

Dana no imaginó que su libro, a pesar de oponerse, estuviese a la venta en los estantes de todas las librerías. Lo tomó y, con una leve sonrisa dibujada en su rostro, lo examinó detenidamente.



Transcurrieron algunos días y Dana, segura de su resolución de no dar otra oportunidad a Lorenzo; quien, pese a que insistió en buscarla, darle una explicación; en otras palabras, tratar nuevamente de enredarla con sus maniobradas mentiras; fue tajante y no le permitió un engaño más.

Y, contrario a ello, entre las cuatro paredes de su habitación, luego de las largas jornadas de trabajo en la editorial, en donde Dana retomó su antiguo puesto como asistente de Charlize Moore, la imagen de Armand Boissieu, asaltaba sus pensamientos.

Tan solo hizo falta un pequeño detalle para que termine de darse cuenta de que, a pesar de su constante negativa, ella también lo amaba...

¿Cuál fue ese detalle que hizo detonar sus verdaderos sentimientos?

Una mañana de sábado, salió a dar un paseo por el centro de la ciudad. Deambuló de un lugar a otro hasta que se detuvo al pie de un puesto de venta de revistas y periódicos, le interesó una revista de destinos turísticos, así que la compró y entró en la primera cafetería con la que se encontró. Como de costumbre, pidió un Capuchino con crema de avellanas y fue a sentarse en una butaca junto a la ventana. Estando allí, repasando entretenida a las páginas de la revista, su atención se detuvo en un breve artículo en donde se hacía mención del pintoresco pueblo francés de Les Rousses. Se interesó e, instintivamente, mientras sus ojos se desplazaban de renglón en renglón indagando con impaciencia por algo que se

refiriese a Armand; así fuere un minúsculo detalle, hizo memoria de todos y cada uno de los apacibles y en la mayoría de las veces accidentados momentos que vivió en ese lugar. Tan solo engalanaron la belleza de aquel pueblo pequeño: lo pintoresco y atractivo de su paisaje, la hospitalidad de su gente, su gastronomía, sus vastos campos agrícolas y de excelencia ganadera... “*¿Excelencia ganadera?*”, enseguida vino a su memoria cuando él, sentado en aquella banqueta junto a ella, le indicaba con toda la paciencia cómo ordeñar a sus vacas. Una sonrisa inadvertida escapó de sus labios; luego recordó el fatal desenlace que tuvo en ese mismo lugar cuando él, dejándola sola, no tuvo otra opción que hacerlo por sí misma. Echó a reír recordándose en el piso, de cara contra la tierra y el heno. Recordó a Armand, cuando, ajetreado bajo la lluvia trataba de arreglar su auto, resbalando sin piedad de su desgreñado cabello negro el agua para después desvanecerse por sus fornidos hombros, empapando aún más a su camisa blanca de algodón que esa noche llevaba puesto y con ello dejando muy maliciosamente a la vista la sensualidad de su escultural torso; de inmediato le asaltó el recuerdo de aquel intenso beso que aquella noche le robó, el calor de sus brazos aprisionándola, la fuerza de su mirada al confesar que la amaba...

¡Oh, Dios!; hasta que por fin lo percibió...

¿Es que también lo amo?

Capítulo 12

—Hola, Antoine. —Dana tomó el primer vuelo a Paris y luego de viajar en tren por casi cuatro horas, al fin llegó a Les Rousses en busca de Armand Boissieu. Antoine, quien en ese momento preparaba la cena para los comensales, se volvió de inmediato al escuchar su voz:

—¡Dana, qué sorpresa!

Dana, dejando de lado a su equipaje, corrió hacia donde él y lo abrazó.

—Vine por Armand —le dijo agitada y entre risas—. Pensé que se encontraría aquí, contigo. ¿Está en su habitación?, ¿o en los establos? —preguntó dando un rápido chequeo hacia el patio posterior.

Antoine negó con la cabeza.

—No, Dana, desde temprano que fue a la taberna.

—¿Puedo llevar tu auto? —enseguida consultó anhelante.

—¡Por supuesto! ¡Ve a buscarlo de una buena vez! —exclamó mirándola de tal manera que, el brillo en sus ojos lo delató; Dana comprendió de inmediato que Antoine ya estaba al tanto de los sentimientos de su amigo. Tomó las llaves que él, sacando enseguida del bolsillo de sus jeans, se las dio y, emocionada, corrió hacia la puerta.

—¡Oh! —Al momento, antes de que Dana atravesase el umbral, se volvió hacia él—, ¿Puedo dejar aquí mi equipaje? —Antoine asintió con una larga sonrisa; y, ella, esbozando una amplia de agradecimiento, terminó de irse. Se embarcó en el auto y condujo hasta la taberna de Armand.

Cuando al fin llegó y apagó el motor, se mantuvo dentro del coche deliberando con ella misma por unos cuantos minutos; por un momento se sintió atemorizada, vaciló en cómo hacer su entrada y presentarse ante él, después de todo cuánto lo injurió en Les Baux. Respiró profundo y, sin perder ni un segundo más, bajó y, decidida, se encaminó hacia la puerta de entrada.

—*Bonne nuit*... —saludó nerviosa, deteniéndose a mitad de camino; entre las mesas y la barra—. *¡Bonne nuit!* —insistió.

Armand, quien en ese momento, de espaldas a ella preparaba unos cocteles, se volvió de inmediato. Sus ojos negros, profundos como la noche, quedaron fijos en el azul de los suyos; cuan dos pedazos de cielo que a gritos suplicaban que corriese a su lado y que la tomase nuevamente entre sus brazos. Pero él permaneció allí, inmutado observándola.

Mas, Dana, en medio del salón y a la vista de todos, quienes al momento percibieron las vívidas pinceladas de amor que se trazaron en el ambiente, dejaron de lado a sus jarras de cerveza, esperando atentos que al fin uno de los dos tomase la iniciativa. Por fin, impaciente por al menos escucharlo decir un: “¡hola, qué grata sorpresa verte aquí!”, dejó de lado el prejuicio y, levantando la voz, exclamó:

—¡Yo también te amo!

Armand, desde la barra, fingió no haberla escuchado.

—Cómo dice, ¿señorita Evans? ¿Repetiría lo que acabó de decirme?

Dana bajó la mirada y, mordiéndose, mientras esbozaba una suave sonrisa, un extremo de su labio inferior, movió de lado a lado la cabeza. Al levantarla se encontró con sus ojos negros, aquellos endemoniados ojos negros que aguardaban impacientes y a los cuales odió y amó a la vez; el fulgor que divulgaron los suyos no podría demostrar lo contrario.

—¡Que también estoy enamorada de ti, joder y quiero pasar por el resto de mi vida solo contigo! —confesó allí, en frente de todos—. ¡Qué ciega estuve! Dios... ¡Creo haberte amado desde el primer día en que te vi!

Armand, quien al momento saltó por encima de la barra, corrió a su lado y, sin tomar ni la más mínima importancia de todos los ahí presentes: —¡Ven aquí! —exclamó tomándola con fuerza entre sus brazos y, ansioso, respondiendo con un terminante sí, buscó el calor de sus labios y fundió el beso más largo, intenso y ardiente en ellos.

El resto... queda a la imaginación.

Fin

Se preguntarán ¿qué sucedió con sus amigas y con Eric?, ¿con la señora Moore, Lorenzo Bertucci y hasta el mismo Luciano Wright?

Ahora se los cuento:

Abby, Ebony y Eric, luego del regreso de su viaje en primavera a Francia, continuaron con su estilo de vida como ya la venían haciendo. Ebony egresó de la universidad y se desempeñó como enfermera de planta en el mismo hospital de Boston. Abby continuó trabajando en la misma biblioteca; en gran parte, sus vacaciones las ocupaba viajando a Francia. Eric se mudó con ellas y fue ascendido como asistente personal de la señora Moore.

En cuanto a ella, Charlize Moore, continuó como presidente de la editorial; no obstante, no corrió la misma suerte para Luciano Wright; quien, tras ser descubierto de promover ciertos actos ilícitos dentro de la editorial e incitar el desorden de los empleados, fue despedido de inmediato.

Lorenzo Bertucci, el flamante abogado, regresó a desempeñar sus funciones en Boston; su ascenso y su codicia a la Casa Blanca tendría que esperar.

Y, por último, Dana, quien luego de confesarle su gran amor a Armand Boissieu, decidió quedarse junto a él en Les Rousses.

La antigua casona de campo fue reparada y acondicionada como un hostel de mayor categoría; continuando Antoine al frente como el administrador.

Y, en cuanto a su libro; además de que escribió otros, se dispararon las ventas a nivel internacional con el sello de la Editorial, "AB. Books & Society"; para la cual pasó a formar parte de la presidencia, aparte de ser también la dueña. Por otro lado, Armand, el hombre serio e indiferente y hasta en cierto modo insociable, reveló su lado sensible y cariñoso. La mayor parte del tiempo la dedicó a la apacible vida de campo

en su villa de Les Rousses junto a Dana; rara vez viajaba a Paris para estar al frente de la editorial.

Finalmente, la esperada boda, a la cual asistieron los familiares de Dana, sus amigas, Eric y hasta la misma señora Moore, junto con el señor Bailey; así como también todos los familiares y amistades de Armand, tuvo lugar en primavera; en una espléndida mañana de sábado al sur de Francia, en la Provenza, en medio de bellísimos jardines medievales rodeados por campos de lavanda.

Y así, Dana y Armand, quienes se juraron amor eterno en medio de aquel maravilloso lugar, fueron envidiablemente felices.

Otros libros del autor

[No dejaré de amarte](#)

[el gato que creía ser un búho](#)